

SALIENDO DE LA SELVA

Sobre el proceso
de paz con las FARC

Dag Nylander y Tove Gravdal



SALIENDO DE LA SELVA

Dag Nylander y Tove Gravdal

SALIENDO DE LA SELVA

Sobre el proceso de paz con las FARC

TRADUCCIÓN
ANDREA RAMÍREZ STANGELAND

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Ediciones Uniandes

Nombre: Nylander, Dag, autor. | Gravdal, Tove, autora. | Ramírez Stangeland, Andrea, traductora.
Título: Saliendo de la selva : sobre el proceso de paz con las FARC / Dag Nylander y Tove Gravdal ; traducción Andrea Ramírez Stangeland.
Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Ediciones Uniandes, 2024. | 311 páginas : ilustraciones ; 17 × 24 cm.
Identificadores: ISBN 9789587987218 (rústica) | 9789587987225 (e-book) | 9789587987232 (epub)
Materias: Procesos de paz – Colombia | Procesos de paz – Relatos personales | Conflicto armado – Colombia | Mediación internacional
Clasificación: CDD 303.66–dc23

SBUA

Primera edición en noruego: *Ut av jungelen. Om fredsprosessen i Colombia*, publicada por Spartacus, marzo del 2023
Primera edición en español: octubre del 2024

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales
© Dag Nylander y Tove Gravdal
© Andrea Ramírez Stangeland, por la traducción
© Tiziana Laudato, por la traducción del prólogo

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 5567
<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-721-8
ISBN e-book: 978-958-798-722-5
ISBN epub: 978-958-798-723-2
DOI: <https://doi.org/10.51573/Andes.9789587987218.9789587987225>

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez y Ruth Romero Vaca
Diagramación interior: Vicky Mora
Diseño interior: Camila Cardenosa Echeverri
Diseño de cubierta: Violeta Cruz
Imagen de cubierta: Oleksandr P. para Pexels, <https://bit.ly/3zLxM>
Imagen del colofón: Riajulislam para Freepik, <https://bit.ly/4h3cvXs>

Impresión:
DGP Editores S. A. S.
Calle 63 n.º 70D-34
Teléfonos: 601 721 7641 - 601 721 7756
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación.
Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.
Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia.
Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

9	Prólogo
11	Prefacio de la edición en español
13	Hacia la selva
21	De Fosen a Bogotá
41	La crisis de los secuestros y la aprobación del canciller
59	De ave rapaz a paloma de la paz
79	Logística engorrosa
93	Mata, pero se negocia
115	A Hurdal en vuelo chárter
137	Cotidianidad en La Habana
161	Elecciones, lucha de género y un general despistado
185	Crímenes y castigos
211	La paz de Colombia, Cuba y Estados Unidos
227	Prisa y arrogancia
247	La dolorosa ronda extra
263	Implementación
277	Fechas importantes del proceso de paz en Colombia
283	Personas que intervinieron en el proceso
291	Notas
309	Bibliografía

PRÓLOGO

“DE LOS COLOMBIANOS PARA LOS COLOMBIANOS” fue uno de los principios rectores de las negociaciones que tuvieron lugar entre los años 2012 y 2016 entre el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El principio respondía tanto a la capacidad desarrollada, durante varios años, por toda una generación de funcionarios estatales y de líderes de la sociedad civil en sucesivas negociaciones de paz como a la voluntad de los principales involucrados, que descartaron la posibilidad de que las negociaciones fueran orientadas por actores externos. Se declaró, así, la soberanía del Estado y la sociedad colombiana sobre el proceso de paz, asumiendo la principal responsabilidad sobre su éxito.

Lo que el principio ocultó fue la significativa participación de la comunidad internacional en ese y en anteriores procesos. Tanto para ambientar como para desarrollar y luego implementar las conversaciones y el acuerdo de paz, la participación de la comunidad internacional fue fundamental. Desde la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Unión Europea hasta Gobiernos particulares de países como Alemania, Estados Unidos, Noruega, Suiza y Venezuela, pasando por organizaciones como la Comunidad de Sant’Egidio, la organización Intermediate y el Centre for Humanitarian Dialogue, hasta el Instituto Kroc, el proceso de paz colombiano contó con el acompañamiento, asesoría y financiación de un grupo amplio y experto en toda suerte de tareas relacionadas con la carpintería de un proceso de paz. Algunas de esas tareas fueron el diseño de los acercamientos discretos antes del inicio oficial de las conversaciones; los ejercicios de construcción de confianza mutua; el desarrollo de experticia técnica de ambas partes para adelantar negociaciones más simétricas;

la financiación de las necesidades de las partes; el adelanto de tareas técnicas, como la remoción de minas; el acompañamiento académico de la implementación de los compromisos del acuerdo firmado, y la defensa de la legitimidad del acuerdo en escenarios internacionales. En los años posteriores al acuerdo del 2016, cuando se unieron el fracaso del plebiscito con el final del Gobierno que impulsó el proceso y el inicio de otro que cuestionó la necesidad y los contenidos del acuerdo, la comunidad internacional se constituyó en el socio clave que buscó mantener el *momentum* para que la tarea de la paz no se desviara o quedara inconclusa. Esa participación ha estado en riesgo ante la sucesión de amenazas internacionales más graves que la colombiana y el evidente giro que pueden tomar en cualquier momento los recursos destinados a apoyar a un país como Colombia. Pero incluso hoy, ocho años después de firmado el acuerdo, la comunidad sigue constituyéndose como el socio imprescindible para la tarea de la implementación y verificación del acuerdo con las FARC y el acompañamiento de las múltiples negociaciones que se adelantan bajo el manto de la estrategia de la “paz total”.

En este libro, Dag Nylander, quien se destacó como uno de esos discretos, incansables y profundamente efectivos acompañantes internacionales, nos cuenta de su experiencia, desde su propia perspectiva, recogida en notas que iba escribiendo a lo largo del proceso, complementadas con más de cuarenta entrevistas que realizó junto con la periodista Tove Gravdal. Nylander participó como diplomático delegado por el Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno noruego desde la fase inicial de las conversaciones y fue reconocido por todos los actores de las FARC y del Gobierno como un referente central durante los diálogos. El que uno de los aspectos más destacados de su trabajo fuera el sigilo y la discreción hace de este libro un aporte aún más especial. Este testimonio se une a los de otros protagonistas que han contado sus experiencias y evaluaciones a lo largo de los últimos años, entre las cuales definitivamente faltaba esta voz tan importante.

La paz colombiana será tan buena o tan mala como los colombianos y las colombianas seamos capaces de construirla, pero es clave reconocer y agradecer la inversión de talento, dinero y capital político que la comunidad internacional ha realizado. Este libro contribuye a ese propósito.

Angelika Rettberg

Decana de la Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de los Andes

PREFACIO DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

EL ACUERDO DE PAZ DEL 2016 entre el Gobierno de Colombia y la guerrilla de las FARC fue la conclusión de un proceso de seis años extremadamente complejo y exigente. El acuerdo fue un logro histórico, aplaudido desde los estrados de la ONU y considerado un punto de referencia para otros procesos de paz en el mundo. Este libro contiene la historia de cómo se gestó el acuerdo de paz, contada por un participante imparcial que estuvo involucrado en el proceso de principio a fin.

Noruega y Cuba fueron los países garantes de las negociaciones, que tuvieron lugar en la capital cubana, La Habana. Su papel como garantes significaba que diplomáticos de Noruega y Cuba siempre estaban presentes en la mesa de negociaciones. Dag Nylander dirigió el esfuerzo diplomático noruego desde la fase inicial, de creación de confianza, hasta la intensa recta final después de que el primer acuerdo de paz fue rechazado en un referéndum. Participó en un drama existencial y político lleno de acontecimientos inesperados y desafiantes. Hubo un numeroso elenco de personajes y muchos contratiempos. No obstante, las FARC y el Gobierno colombiano llegaron a un acuerdo, que puso fin a un conflicto armado de cincuenta años. Esto tuvo un enorme impacto en las vidas de millones de víctimas.

Este libro relata los acontecimientos clave y los puntos de inflexión del proceso de paz. Las fuentes más importantes son las notas que Dag tomó a lo largo del proceso, así como las entrevistas que realizamos a cuarenta y seis personas que participaron en las negociaciones o se vieron directamente afectadas por ellas. Hemos consultado un gran número de fuentes escritas abiertas,

la más importante de ellas es una obra de diez volúmenes sobre el proceso de paz, publicada por la Oficina del Alto Comisionado para la Paz en Colombia.

Hemos entrevistado a funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega, quienes también leyeron y comentaron el manuscrito. Algunos de estos representantes se mencionan en el libro; otros se citan como fuentes en las notas al pie. Lo mismo aplica a todas las personas con las que hemos hablado en Colombia y en otros países. Algunas han expresado su deseo de no ser nombradas.

Escribimos juntos este libro, pero la voz en primera persona pertenece a Dag. Este es su relato de los hechos.

El acuerdo de paz del 2016 fue un hito crucial en un proceso de paz que aún continúa en Colombia. Los mecanismos de justicia transicional que se establecieron en el acuerdo todavía no han finalizado, y el actual Gobierno está negociando la paz con los grupos armados restantes en Colombia. Esperamos que esta obra pueda iluminar e inspirar a los lectores y arrojar una luz sobre los cimientos en los que se basan las negociaciones de paz actuales. Una lección importante es que se requiere valor y perseverancia para crear paz, así como la capacidad y la voluntad de tomar las decisiones correctas cuando se dan las condiciones adecuadas.

Estamos profundamente agradecidos con la Universidad de los Andes por publicar este libro en Colombia, donde viven sus lectores más importantes. Esta historia les pertenece a los colombianos.

Dag Nylander y Tove Gravdal
Oslo, junio del 2024

HACIA LA SELVA

Los hechos narrados en este capítulo se relatan con la ayuda de conversaciones con Sandra Ramírez (Bogotá, 26 de noviembre del 2021); Mauricio Jaramillo, el Médico (Bogotá, 25 de noviembre del 2021 y 4 de agosto del 2022), y Elisabeth Slåttum (videollamada desde Ciudad de México, 1.º de septiembre del 2022).

UN HELICÓPTERO, MARCADO CON CRUCES ROJAS sobre fondo blanco, despegó del aeropuerto de la pequeña ciudad de San José del Guaviare en la madrugada del miércoles 15 de febrero del 2012.

El ruido era infernal y un intenso olor a combustible y asfalto caliente se clavaba en mis fosas nasales. El helicóptero voló bajo sobre los tejados antes de sostenerse sobre el río Guaviare, que serpentea por el interior de Colombia. Los pilotos orientaron el rumbo a una zona al noroeste de la ciudad, sin saber exactamente adónde se dirigían. Una vez en el aire, recibieron un sobre sellado. Dentro, había una nota manuscrita con las coordenadas del lugar de aterrizaje.

Las coordenadas procedían de las FARC, el grupo guerrillero responsable del conflicto armado más largo de América Latina. Cuando la información se introdujo en los instrumentos del aparato, el gran helicóptero de carga hizo un giro brusco en U antes de avanzar de lado sobre un paisaje llano de bosques, campos y pastos. Mi nivel de adrenalina estaba por las nubes: me encontraba a punto de entrar en el territorio de las FARC. Abajo, en la selva, dos comandantes guerrilleros esperaban a ser recogidos para reunirse con su enemigo en la mesa de negociación.

La expedición a la zona de guerra de Colombia era arriesgada y ultrasecreta. Las fuerzas militares colombianas podían derribar fácilmente un helicóptero en misión desconocida. Las FARC podrían estar más interesadas en adquirir nuevos rehenes en lugar de negociar la paz. Además, tanto los grupos armados como las bandas criminales de narcotraficantes tenían la voluntad y la capacidad de desbaratar una operación encubierta.

Sentado, bajo el traqueteo de las aspas del rotor, buscaba humo entre los árboles del suelo. Según lo acordado con la guerrilla, debían encender un fuego para marcar el punto de extracción, en caso de que las coordenadas no fueran suficientes. Después de volar unos diez minutos, vimos una columna de humo y luego un sitio de aterrizaje frente a una pequeña finca.

Abajo, Sandra Ramírez y Mauricio Jaramillo oyeron el helicóptero entre los árboles, dando vueltas sobre ellos. Ramírez estaba aterrorizada. Se había unido a la guerrilla a los 17 años y a duras penas había estado en una gran ciudad. Después de treinta años en la selva, iba a viajar a otro país por primera vez. Había sido compañera del fundador de las FARC, Manuel Marulanda, y había renunciado a la crianza de su único hijo para dedicarse a la lucha armada. Ahora, era la encargada de las radiocomunicaciones de la guerrilla¹.

Jaramillo, conocido como el Médico, había estudiado medicina antes de unirse a la guerrilla, y era el constructor del servicio de salud de las FARC. También era el comandante de su frente más recio. Llevaba treinta y cuatro años viviendo en la selva y solo se había visto con su familia una vez. Nunca conoció al hijo que había concebido en su anterior vida de civil².

Los árboles se arquearon y el polvo y los arbustos se arremolinaron cuando el helicóptero aterrizó. Al descender, vi a los guerrilleros farianos montando guardia en el lindero del bosque que rodeaba el claro. Estaban fuertemente armados y vestían uniformes de camuflaje nuevos y limpios. Varias eran mujeres. Todos llevaban botas pantaneras de color café oscuro y suelas *beige*. El helicóptero tocó tierra, la puerta se abrió y los cinco pasajeros que íbamos a bordo desembarcamos. No había rastro de Ramírez ni del Médico. Los pilotos apagaron el motor y aquel claro de bosque quedó en un silencio ensordecedor. Yo estaba con las manos vacías, rodeado de guerrilleros, que nos observaban en silencio.

Titubeante, caminé hacia la humilde finca. Una de las guerrilleras había buscado protección del sol abrasador a la sombra de un gran árbol. Bonita, bien maquillada, con aretes que bailaban sobre el cañón de su fusil. Cautelosamente entablé conversación con ella y le pregunté qué la había llevado a unirse a las FARC. “Bueno —me explicó—, la tierra en el país estaba injustamente repartida y muchos colombianos estaban excluidos de la política”. Por eso se había unido a las FARC a los 17 años y llevaba 10 de ellos portando un arma.

Una hora más tarde, Ramírez y el Médico llegaron con sus maletas en la mano por un estrecho sendero que atravesaba un bosque de matorrales bajos. El polvo del camino se posó en sus botas de caucho. El Médico caminaba inclinado hacia adelante, vestía camiseta blanca sobre los pantalones, que apretaban algo su panza. Ninguno de los dos parecía un temible líder guerrillero.

Nos habíamos preparado por meses para su extracción. La cúpula de las FARC y un pequeño círculo de personas en torno al presidente Juan Manuel Santos habían planeado todos los detalles, en colaboración con el Comité Internacional de la Cruz Roja y diplomáticos de Noruega y Cuba. Aun así, el Médico habló una última vez con su comandante supremo, Rodrigo Londoño, más conocido por su nombre de guerra, Timochenko, para asegurarse de que debían subir al helicóptero. “Todo está bien, se van”, respondió Timochenko desde su escondite en la frontera con Venezuela, en otra parte del país. Ya no había vuelta atrás.

El escepticismo calaba hondo entre los emisarios de las FARC. Pocos días antes, aviones militares habían bombardeado objetivos a solo un kilómetro de distancia de una choza improvisada donde Ramírez, la operadora de radio, había estado trabajando. Apenas tres meses antes, el antecesor de Timochenko y líder de las FARC, Alfonso Cano, había sido dado de baja por orden del presidente Santos. Ramírez temía que ella y el Médico cayeran en una trampa: que si subían al helicóptero les esperaba la cárcel o la muerte, en lugar de negociaciones.

Una inusual alianza noruego-cubana fue su seguro contra el engaño. Noruega y Cuba eran países garantes³ de las conversaciones secretas de paz, y ese día de febrero eso significaba acompañar a los emisarios de las FARC, desde el territorio de la guerrilla, hasta la mesa de negociaciones en La Habana, capital de Cuba. Allí me encontraba yo, un abogado y diplomático noruego de 43 años, de pie con dos comunistas cubanos, frente a una choza en medio de las montañas de Colombia, donde aseguramos a Ramírez y al Médico que era seguro viajar.

Los enviados farianos se cambiaron las botas pantaneras por zapatos, antes de subirse al helicóptero con sus maletas. El Médico solo llevaba una muda de ropa y un libro sobre la historia de las FARC. “Ahora me meto en la boca del lobo”, dijo. Ramírez trajo una muda de ropa y radios, un ordenador, un módem, cables y una antena de seis patas. Estaba llena de miedo por lo que les pudiera pasar a ella y a los amigos que dejaba atrás. Tanto Ramírez como los guerrilleros en tierra lloraban.

Mi colega, Elisabeth Slåttum, nos esperaba en el aeropuerto de San José del Guaviare. De vuelta en Oslo, solo el ministro de Relaciones Exteriores, Jonas Gahr Støre, y algunas otras personas del Ministerio sabían dónde estábamos. Ni la familia cercana ni otros colegas tenían idea de que Elisabeth y yo nos habíamos reunido tres veces con enviados de las FARC y del Gobierno colombiano, desde el verano del 2011. Todos los implicados se cuidaron de guardar silencio: éramos plenamente conscientes de que si la noticia de las conversaciones secretas se filtraba en Oslo, significaría el fin de la diplomacia noruega de paz en Colombia.

En las garras de la violencia

El conflicto armado en Colombia llevaba ya casi cinco décadas cuando sacamos al Médico y a Ramírez de la selva para llevarlos a las conversaciones de paz en La Habana. Cientos de miles de personas habían sido asesinadas en la guerra que dejó una quinta parte de los 49 millones de habitantes del país directamente afectada por la violencia. La gran mayoría de las víctimas fueron civiles que se vieron obligados a huir de sus tierras, y que sufrieron abusos o presenciaron el asesinato o el secuestro de familiares, vecinos y amigos⁴.

Colombia es un país hermoso y rico en recursos naturales, situado en el extremo norte de Suramérica, con costas tanto en el océano Pacífico como en el mar Caribe. El país es exportador de petróleo, carbón, café y flores, pero también es el mayor productor mundial de cocaína. Los carteles de la droga, los grupos guerrilleros y las fuerzas de seguridad del Estado cargan cada uno con su parte de la responsabilidad de que Colombia por décadas encabezara la lista de los países más violentos del mundo. La enorme desigualdad también caracteriza a Colombia: más de un tercio de la población vive bajo el umbral de pobreza, y una buena parte de este tercio pertenece a comunidades indígenas o afrocolombianas⁵.

El objetivo de las conversaciones de paz entre las FARC y el Gobierno colombiano fue poner fin a la violencia y contrarrestar las desigualdades en Colombia. Había infinidad de obstáculos en el proceso hacia un acuerdo de paz, y las partes otorgaron a Cuba y Noruega el importante papel de evitar descarrilamientos y rupturas. Yo estuve a cargo del equipo noruego que siguió las negociaciones desde la fase secreta inicial, en el 2011, hasta la firma del acuerdo de paz, casi seis años después. La tarea fue polifacética e implicaba observar, dar consejo y consuelo cuando era necesario, y encontrar soluciones o alternativas cuando se llegaba a callejones sin salida. También mantuvimos a las grandes potencias y a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) informadas sobre el drama en la mesa de negociaciones, y sacamos de la selva a un gran número de rehenes y líderes de las FARC. Tuvimos que improvisar y tomar decisiones rápidas en crisis agudas al mismo tiempo que pensábamos a largo plazo, preparándonos para resolver conflictos que, sabíamos, se avecinaban.

Varios de los actores implicados en el proceso de paz tenían las manos manchadas de sangre. En la mesa de diálogo había grandes egos y fundamentalistas ideológicos, conspiradores y sagaces intelectuales, cuya voluntad y capacidad para llegar a acuerdos estaban desigualmente repartidas. Funcionarios de la ONU, expertos en justicia penal internacional, activistas de los derechos de la mujer, defensores de los derechos humanos y víctimas de la violencia volaron a La Habana para participar en este drama colombiano. Había que tratar con

todos, tanto con oradores profesionales como con almas temblorosas, y esta tarea solía recaer en nosotros, que representábamos a los países garantes, Noruega y Cuba. Debíamos tener cuidado y evitar sobresalir de cualquier manera, y aunque éramos pocos en la delegación noruega, hacíamos de todo, desde asesorar a criminales de guerra en los laberintos de la justicia internacional hasta presentar informes en la Casa Blanca.

Trabajé diez años en el proceso de paz de Colombia. Como enviado especial y facilitador de las negociaciones de paz, me embarqué con frecuencia en tareas demasiado grandes y siempre dudé de si era capaz de desempeñar este papel exitosamente. Cuando miraba a mi alrededor, sin embargo, no veía a nadie en mejores condiciones para asumir el cargo. Además, las partes habían pedido a Noruega que fuera uno de los principales países de apoyo al proceso de paz, y yo era el actual representante del Ministerio de Relaciones Exteriores de Noruega (NMFA). Muchas coincidencias me llevaron hasta allí, la primera ocurrió en Brekstad, un pequeño pueblo en el centro de Noruega.

DE FOSEN
A BOGOTÁ

Los hechos narrados en este capítulo se relatan con la ayuda de conversaciones con Bjørnar Utheim (por teléfono, 6 de febrero del 2022) y Tom Tyrihjel (por teléfono, 18 de febrero del 2022).

UN DÍA DE INVIERNO A PRINCIPIOS DEL 2006, estaba sentado en mi oficina de la Corte Distrital de Fosen redactando la sentencia de un caso relacionado con la producción ilegal de licores caseros. El ruido ensordecedor de los aviones de combate que despegaban y aterrizaban en la cercana base aérea de Ørland se había convertido en algo habitual. Pero lo que sí me tomó tiempo fue acostumbrarme a la vida en Brekstad, capital de Ørland, a una hora en *ferry* desde Trondheim. Brekstad estaba muy lejos de Buenos Aires y Nueva York, donde había vivido recientemente.

Me había retirado del NMFA para trabajar en algo más tangible que los intrincados procesos de política internacional. El cargo de juez adjunto en un pueblo noruego me daba la oportunidad de encontrarme con personas y ver resultados concretos de mi trabajo. Un acusado comparecía ante el tribunal, se exponían todos los detalles del caso y cinco días después se dictaba la sentencia.

Sin embargo, yo seguía inquieto. Me preguntaba qué estaría pasando afuera en el inmenso mundo y qué estarían haciendo los viejos colegas de la Cancillería. En medio de la redacción de la sentencia sobre el licor casero, sonó el teléfono. Era Johan Vibe, del NMFA, preguntándome si me quería mudar a Bogotá a dirigir la Embajada de Noruega allí. Johan estaba recién de regreso en casa después de cinco años como embajador en Cuba y ahora estaba trabajando en un proceso de paz en Colombia y me quería en su equipo. La tarea más importante en Bogotá sería participar en las negociaciones entre el Gobierno y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el hermano menor de las FARC, me informó Johan.

Dije que sí sin pensarlo dos veces. Estaba más que listo para cambiar el licor ilegal de Fosen por el conflicto armado en Colombia.

El Consejo de Seguridad de la ONU

La necesidad de explorar el mundo me acompañó siempre desde la crianza tranquila y segura en Høvik, a las afueras de Oslo. La diplomacia es una carrera adecuada para combinar la pasión por viajar con tareas laborales gratificantes. Después de prestar el servicio militar en la Marina y de completar estudios de Derecho en la Universidad de Oslo, opté por lanzarme y superar el umbral alto para ingresar al NMFA, la Cancillería noruega. Me especialicé en Derecho europeo, hice prácticas en Bruselas y seguí muy de cerca el acuerdo que regula las relaciones de Noruega con la Unión Europea. El dominio de las sutilezas jurídicas del Acuerdo sobre el Espacio Económico Europeo (EEE) y la Unión Europea era importante en la burocracia de la Cancillería noruega, y contribuyó a mi admisión al curso de aspirantes del NMFA.

Una carrera diplomática en Europa, sin embargo, no me tentaba. Fijé más bien mi atención en América Latina y solicité como mi primera estación en el exterior la ciudad de Buenos Aires. Era lo suficientemente lejos de Noruega como para satisfacer mi deseo de ampliar mi horizonte. Llegué a finales de la década de los noventa, cuando el NMFA apenas entraba en el mundo digital y le otorgaba el primer correo electrónico a sus empleados. En la embajada en Buenos Aires, solo era posible leer el correo electrónico en una computadora, que era utilizada por todos y se encontraba en la recepción.

Mi dominio del español era limitado al llegar a Argentina. Un secretario de la embajada tenía que escuchar mis llamadas telefónicas al principio, para asegurar que yo entendiera lo que se decía. El idioma mejoró rápidamente con la ayuda del método natural, es decir, hablando mucho con la gente en lugar de memorizar tanto la gramática. Buenos Aires es conocida por sus melancólicos bares de tango y su animada vida nocturna, y los bares y restaurantes de la ciudad fueron una excelente escuela de idiomas para un joven y aventurero diplomático noruego como yo.

En el 2001, Noruega se convirtió en miembro del Consejo de Seguridad de la ONU, y el NMFA necesitaba reforzar el personal de su delegación en Nueva York. Yo quería asumir otros retos diferentes a promover el salmón y la cultura noruega en Argentina y solicité trabajo más al norte. En Nueva York, me esperaba un torbellino de acontecimientos mundiales, principalmente los ataques terroristas de Al Qaeda contra Estados Unidos el 11 de septiembre del 2001. Los ataques repercutieron en todo lo que sucedió en el Consejo de Seguridad a partir de ese momento.

Los ataques terroristas parecían unificadores al principio, y Estados Unidos recibió pleno apoyo de los miembros del Consejo de Seguridad para usar la fuerza militar contra Afganistán y acabar de raíz con Al Qaeda. Pero los ataques

también reforzaron el desafortunado impulso de los estadounidenses de invadir Irak. En otoño del 2002, intentaron que el Consejo de Seguridad de la ONU aceptara legitimar tal invasión ante protestas y una firme oposición de varios de los demás miembros del Consejo. Para Noruega era un embrollo: nuestro aliado más cercano quería lanzar una guerra sobre la base de afirmaciones para las que no había pruebas, es decir, que el dictador iraquí Saddam Hussein poseía armas de destrucción masiva y representaba una amenaza para la paz mundial⁶.

En el Consejo de Seguridad trabajé con el Medio Oriente y formé parte del ajetreado Comité de Sanciones contra Irak, presidido por Noruega. A menudo permanecimos en la oficina hasta altas horas de la noche para salir de todo el papelerío del comité. Además, seguí de cerca todos los enfrentamientos entre los miembros del Consejo de los múltiples conflictos del Medio Oriente. En la sede de la ONU aprendí algo importante: la diplomacia efectiva no ocurre en las reuniones planificadas y formales. Si uno quiere cambiar, influir o impulsar decisiones en el ámbito de la diplomacia, debe hablar con la gente durante los descansos entre reuniones o en un bar por las tardes. Así se movían y así se mueven las cosas dentro de la ONU en Nueva York. Así también se movieron las cosas en el proceso de paz de Colombia.

A Bogotá

Yo no había estado en Colombia hasta que llegué a Bogotá en agosto del 2006. La ciudad se encuentra a 2640 metros sobre el nivel del mar, con las nubes recostadas en la cordillera al oriente de la Sabana. La metrópoli alberga más de 7,5 millones de habitantes, así como universidades de alta calidad, un casco urbano antiguo pintoresco y grandes áreas de barrios pobres. Buses coloridos pasan zumbando en el tráfico eterno entre taxis oxidados y camionetas 4 × 4 negras con vidrios polarizados. Es un pecado juzgar a Colombia por Bogotá: el país es más hermoso que la ciudad donde se asienta el poder central.

La vida nocturna de Bogotá no superaba a los refinados bares y cafés de Buenos Aires, y sus ciudadanos no eran tan elegantes como los residentes de la capital argentina, pero los colombianos lo compensaban con ser divertidos, cálidos e incluyentes, especialmente si alguien conocido me presentaba. Entendí que la sospecha era una medida de seguridad y que apuntaba con frecuencia hacia las personas presumidas con relojes caros y vehículos ostentosos. Exponer la riqueza era una señal de que el dinero se había ganado ilegalmente, mientras que los de la vieja élite, por su lado, escondían su riqueza para disminuir el riesgo de ser secuestrados o atracados.

Noruega estableció por primera vez una embajada en Bogotá en 1956. La justificación era que Colombia y la vecina Venezuela estaban en una situación de “imparable desarrollo económico”, en la que se presentaban “importantes oportunidades para las exportaciones noruegas”, según el informe de la Cancillería en el Parlamento noruego⁷. El objetivo de aumentar el transporte marítimo en la región también fue un argumento a favor de la presencia diplomática en esta parte de América Latina. Pero la Embajada de Noruega en Bogotá fue trasladada a Caracas (Venezuela) en 1968 y luego restablecida en Bogotá después del cambio de milenio. Mi título era *chargé d'affaires ad interim*, el término diplomático para la persona que dirige una embajada sin tener el título de embajador. Formalmente, el embajador de Noruega en Venezuela también estaba acreditado en Colombia, pero en la práctica yo tenía la responsabilidad cotidiana.

El trabajo en el 2006 era diferente al de la década de 1950. Me asignaron la responsabilidad de apoyar al sector empresarial noruego que se dedicaba al transporte marítimo, al petróleo y a los fertilizantes en Colombia, pero pasé la mayor parte de mi tiempo atendiendo el papel de Noruega como país garante en el proceso de paz entre el Gobierno y el grupo guerrillero ELN. Esto significaba familiarizarse con un conflicto prolongado y extremadamente complicado en un país con tradiciones completamente diferentes a las de Noruega.

Hijos de la Revolución

El héroe de la independencia, Simón Bolívar, es la figura dominante en la historia de Suramérica. Nació en el seno de una familia aristocrática y acaudalada de Venezuela, en 1783, y encabezó la lucha por la independencia, que culminó en 1824, cuando el imperio colonial español —de más de trescientos años de duración— llegó a su fin. La guerra de independencia fue extremadamente brutal y se libró en uno de los terrenos más exigentes del mundo, con altas montañas, selvas espesas, sabanas inundadas y desiertos áridos. Bolívar fue un líder militar brillante e intrépido, y miles de soldados sacrificaron sus vidas en sus operaciones, usualmente arriesgadas. Después de la derrota de la Corona española, Bolívar gobernó la Gran Colombia, un vasto territorio que abarcaba los actuales Colombia, Venezuela, Ecuador, Panamá y partes de Perú y Brasil. Se autodenominó el Libertador y es una de las figuras heroicas más significativas de la historia mundial⁸.

Él es el héroe más grande de Suramérica. Miles de estatuas de Bolívar han sido erigidas en ciudades por todo el continente y la Plaza de Bolívar es el punto central de capitales como Caracas y Bogotá. Simón Bolívar es el héroe de todos: une a los liberales y los conservadores, a la extrema derecha y a la extrema

izquierda, pero desde la independencia sus sucesores políticos siempre han estado trenzados en interminables conflictos entre sí, como en Colombia.

Incluso antes de que Bolívar muriera en diciembre de 1830, ya se estaba produciendo una lucha por el poder entre sus antiguos oficiales, el gran territorio de la Gran Colombia no estaba destinado a perdurar⁹. Venezuela y Ecuador se separaron y se convirtieron en Estados independientes, mientras que la élite política de la restante Colombia se dividió en dos partidos, los liberales y los conservadores. Los partidos intercambiaron el poder y a menudo tomaron las armas para impugnar la victoria electoral de su oponente. Ocho guerras civiles se libraron durante el siglo XIX, siendo los pobres los que sufrieron las mayores pérdidas en el campo de batalla¹⁰. En la guerra de los Mil Días, que duró de 1899 a 1902, fueron asesinados cerca de cien mil colombianos¹¹.

Colombia en el siglo XX fue una notable mezcla de cultura violenta desenfrenada, represión política y círculos sociales de avanzada que incubaron artistas y escritores de alto reconocimiento internacional. El principal de ellos fue Gabriel García Márquez, máximo forjador del realismo mágico y Premio Nobel de Literatura en 1982. Era el mayor de una prolífica familia de la costa Caribe, que luchaba por mantenerse por fuera de la pobreza. Sus padres querían que se convirtiera en abogado, pero García Márquez se convirtió en periodista y escritor, y en una buena fuente para entender la Colombia diversa.

A la edad de 21 años, García Márquez fue testigo de “los hechos que partieron en dos la historia de Colombia”¹². El aclamado político del Partido Liberal Jorge Eliécer Gaitán fue asesinado en plena calle de Bogotá en abril de 1948, lo que provocó levantamientos violentos y miles de muertos. Gaitán había abogado por reformas radicales y era, según García Márquez, el favorito para ganar las elecciones presidenciales de 1950. Tras la muerte de Gaitán desapareció “todo sueño de un cambio social de fondo”¹³. Por el contrario: Colombia entró en un período conocido como la Violencia, una década de excesiva crueldad.

“Los muertos en las calles de Bogotá, y por la represión oficial en los años siguientes, debieron ser más de un millón, además de la miseria y el exilio de tantos”, escribe el nobel de literatura en sus memorias¹⁴. Esta represión sembró las semillas del nuevo conflicto armado en Colombia, donde el enfrentamiento se mantuvo entre guerrilleros comunistas y el Gobierno central, independientemente de si este estaba en manos de un presidente liberal o conservador.

El asesinato de Gaitán desató una persecución feroz en contra de los simpatizantes del famoso político, entre ellos Manuel Marulanda, hijo de campesinos del Quindío. Nació en 1930, y se dice que se independizó de su familia a la edad de 13 años. Pasó a la clandestinidad después del asesinato de Gaitán y a principios de la década de 1950 comenzó a organizar campesinos para la resistencia

armada contra el Estado en una zona al suroccidente de Bogotá. El Ejército Nacional atacó a Marulanda y su grupo armado en mayo de 1964, pero no logró acabar con ellos. Marulanda reunió entonces a varios de los grupos de resistencia en un ejército guerrillero, que nombró Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP). Su objetivo declarado era imponer la reforma agraria y mejorar las condiciones de vida de los habitantes del campo.

Otro grupo guerrillero, llamado Ejército de Liberación Nacional (ELN), surgió casi al mismo tiempo. Al igual que las FARC, fundaron su rebelión en el ideario marxista y se inspiraron en la revolución comunista de Cuba, de 1959, pero el centro de gravedad del ELN estaba en las ciudades, y el movimiento reclutó gran cantidad de miembros entre estudiantes y activistas intelectuales. Varios de los líderes del ELN tenían formación sacerdotal y eran partidarios de la teología de la liberación, una corriente progresista que surgió en la Iglesia católica latinoamericana en la década de 1960. Los teólogos de la liberación se rebelaron contra la tradicional lealtad de la Iglesia con el poder político y sostuvieron que Jesús estaba del lado de los oprimidos. Los más radicales argumentaban que la revolución armada era un imperativo cristiano y eso motivó a algunos de ellos a unirse al ELN.

Las FARC y el ELN eran rivales y se enfrentaban constantemente. Compietieron por partidarios y territorios, pero libraron la guerra contra el Estado por los mismos medios, con secuestros y raptos de aviones. Como si dos grupos no fueran suficientes, en 1967 surgió un grupo guerrillero maoísta llamado Ejército Popular de Liberación (EPL), y tres años más tarde se formó un grupo guerrillero urbano denominado Movimiento Revolucionario 19 de Abril (M-19). El M-19 ejecutó algunas acciones sensacionales en la década de 1980, como cuando se tomaron la Embajada de la República Dominicana en Bogotá, en el momento en que se celebraba una recepción en esta sede diplomática, y secuestraron a todos los invitados, incluido el embajador de Estados Unidos.

El Estado no tenía la fuerza militar necesaria para luchar contra todos estos rebeldes. La élite del poder —los grandes terratenientes y las dinastías familiares de las ciudades principales— era ciega ante la pobreza y la injusticia, unos de los factores que hacían que cada vez hubiera más guerrilleros. Por lo tanto, en 1968, el Congreso aprobó una ley que otorgaba al Estado el derecho de utilizar grupos armados privados para restablecer la paz y el orden¹⁵. Dichos grupos eran entrenados por los propios militares y con el paso del tiempo terminaron convertidos en un poder salvaje dentro del Estado, vinculados con los carteles ilegales del narcotráfico y los círculos más exclusivos del poder en Bogotá. Las autoridades niegan cualquier relación con estos grupos paramilitares desde los años noventa. Sin embargo, las FARC consideraban a los paramilitares como parte del aparato de seguridad del Gobierno colombiano¹⁶.

Intentos de paz

Belisario Betancur fue elegido presidente de Colombia en 1982 y fue el primero en entablar un diálogo con los grupos guerrilleros en lugar de la confrontación militar. Su Gobierno acordó el cese de fuego con tres de ellos: las FARC, el M-19 y el EPL. Las FARC formaron un partido político, líderes guerrilleros entregaron las armas y se presentaron como candidatos a las elecciones. Salió muy mal. Los candidatos y miembros del partido fueron acibillados por paramilitares o por agentes de los servicios de seguridad del Estado. Hacer campaña por la Unión Patriótica (UP), como se llamaba el partido, era ciertamente una danza macabra, y a lo largo de tres décadas fueron asesinadas 5733 personas en los ataques contra este partido de izquierda¹⁷. La mayoría de los líderes de las FARC que habían participado en el experimento político retomaron la lucha guerrillera. La UP sobrevivió a pesar de esto, y en el 2022 formó parte de la coalición de Gustavo Petro, el candidato vencedor en las elecciones presidenciales.

Las iniciativas de paz de Betancur fueron obstaculizadas por las propias fuerzas de seguridad del Estado y sus aliados paramilitares. Otro saboteador de la paz fue el grupo armado M-19, que atacó el Palacio de Justicia de Bogotá en noviembre de 1985. Fue un drama de rehenes de dos días y las acciones militares para retomar el control del palacio resultaron en un centenar de muertos, entre ellos el presidente de la Corte Suprema de Justicia y varios de los líderes del M-19^[18]. El M-19 abandonó la lucha armada cinco años después y firmó un acuerdo de paz con el Gobierno. El EPL se disolvió casi al mismo tiempo.

Los grupos guerrilleros restantes se encontraron con el Gobierno para nuevas negociaciones de paz entre 1991 y 1992, justo cuando la Guerra Fría acababa de terminar, y cuando en varios países, particularmente en África, terminaban sus prolongadas guerras civiles; a menudo se trataba de guerras de posiciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, las grandes potencias que habían disputado la hegemonía global tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, (en países como Mozambique, Angola y Etiopía, se enfrentaba una insurgencia respaldada por la Unión Soviética contra un régimen apoyado por Estados Unidos, o un régimen apoyado por la Unión Soviética contra una insurgencia respaldada por Estados Unidos). Cuando la guerra ideológica terminó con el colapso del idealizado Estado comunista soviético, menguó la vitalidad de los levantamientos armados que habían surgido por todo el mundo.

En Colombia no sucedió lo mismo. Las negociaciones de paz se rompieron en 1992 y las FARC, en cambio, fortalecieron su capacidad de combate. Las fuerzas militares sufrieron varias derrotas humillantes y las FARC retuvieron a cientos de soldados. En 1998, cuando Andrés Pastrana fue elegido presidente

tras prometer entablar diálogos con los grupos guerrilleros, las FARC poseían muy buenas cartas para negociar.

Pastrana tenía prisa por cumplir su promesa electoral. Se reunió con el comandante en jefe de las FARC, Manuel Marulanda, incluso antes de su investidura, para preparar las negociaciones. Pastrana aceptó de inmediato las condiciones exigidas para el diálogo, entre ellas la creación de una zona de distensión¹⁹. Todos los soldados del Ejército Nacional debían ser retirados de un área del tamaño de Suiza, y las FARC debían ejercer el total control allí. A cambio, la guerrilla liberaría a algunos de los soldados que tenían como rehenes. Los preparativos para las negociaciones transcurrieron durante ese otoño, y el 7 de enero de 1999, en el municipio de San Vicente del Caguán, se inició un proceso de paz, que por momentos se asemejó más a un espectáculo mediático que a un trabajo político serio.

El conflicto armado colombiano y el papel de Noruega

El compromiso noruego con los intentos de paz en Colombia inició en los años noventa. “La guerrilla y el Gobierno de Colombia acaban de pedir nuestra ayuda en un intercambio de prisioneros”, informó el entonces ministro de Relaciones Exteriores de Noruega, Bjorn Tore Godal, al Parlamento en octubre de 1996^[20]. Las negociaciones para liberar a los soldados que estaban en poder de la guerrilla tomaron varios meses, y el vocero de las FARC, Raúl Reyes, viajó a Noruega en mayo de 1997 para discutir las condiciones de la liberación²¹. El embajador de Noruega en Colombia, Bjørnar Utheim, se adentró en las selvas del país un mes después para presenciar la liberación.

Hubo mucho alboroto alrededor de la operación. Era evidente que tanto las FARC como el Gobierno estaban ansiosos por atraer la atención internacional. Utheim y los embajadores de un puñado de países viajaron primero en el avión presidencial desde Bogotá al Caquetá, región donde los soldados debían ser recogidos. Desde Florencia, la capital de Caquetá, continuaron el viaje en tres helicópteros hasta la vereda Cartagena del Chairá. Los guerrilleros farianos patrullaban el pueblo y todos llevaban el mismo tipo de botas pantaneras que el entonces entrenador de la selección nacional de fútbol de Noruega, Egil “Drillo” Olsen, observó Utheim. También detalló que alrededor de la mitad de los guerrilleros eran mujeres²².

Los embajadores fueron conducidos hasta el coliseo del pueblo y ubicados en un pequeño podio. Joaquín Gómez, comandante del Frente Sur de las FARC, graduado en agronomía en Moscú y exitoso líder guerrillero que había infligido grandes derrotas al Ejército colombiano, se sentó junto a Utheim. Apenas

seis meses antes había liderado la tropa guerrillera que atacó una base militar, matando a 10 soldados y secuestrando a otros 18. Sin embargo, ese día de junio, se encargó de liberar a setenta soldados en cautiverio, quienes marcharon al interior del coliseo y se reunieron con sus madres, que los estaban esperando. La liberación alimentó esperanzas de que las FARC abandonaran los secuestros y se sentaran a negociar con el Gobierno. Pero en la práctica el secuestro se hizo más frecuente en los años siguientes, y pasaron dieciocho años más hasta la última recuperación de un rehén de las FARC, a la cual yo asistí. Este también había sido custodiado por una unidad guerrillera, bajo el mando de Joaquín Gómez.

Cuando Pastrana asumió la presidencia en 1998, Noruega fue uno de los diez países a los que se les pidió ayuda en el anunciado proceso de paz. Noruega fue una elección lógica. Los Acuerdos de Oslo, entre la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) e Israel, habían sido negociados en secreto en suelo noruego en 1993. El acuerdo fue un acontecimiento mundial cuando se hizo público, y el presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, invitó a las partes a firmarlo frente a la Casa Blanca. En América Latina, Noruega se había hecho a un buen nombre como facilitador de las negociaciones de paz en Guatemala, que terminaron con un acuerdo entre el Gobierno y el grupo guerrillero Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) en 1996. Después de la Guerra Fría, la diplomacia de paz se había convertido en un sello distintivo de Noruega, y “tanto el presidente Andrés Pastrana como los dos movimientos guerrilleros más grandes quieren la colaboración noruega”, escribió el periódico noruego *Dagbladet*²³.

Pastrana, además de solicitar oficialmente la ayuda de Noruega, le pidió al noruego Jan Egeland que fuera su asesor²⁴. Durante unos meses de su juventud, Egeland había trabajado para una organización de ayuda en Colombia, y como viceministro en el NMFA hasta 1997 había participado en varios procesos de paz, incluidas las negociaciones entre la OLP e Israel. A finales de 1999, Egeland fue nombrado enviado especial de la ONU para Colombia, y una de las primeras cosas que hizo en ese cargo fue reunirse con Marulanda durante las negociaciones del Caguán²⁵.

En febrero del 2000, viajaron representantes de las FARC y del Gobierno a España, Italia y Suiza, antes de pasar una semana en Suecia y luego cinco días en Noruega. En el hotel Holmenkollen Park de Oslo se reunieron con políticos y activistas, recibieron conferencias sobre el modelo de bienestar escandinavo y estuvieron en un agitado paseo en trineo sobre la nieve fresca de Nordmarka²⁶. El objetivo del viaje era propiciar nuevas ideas y fuentes de inspiración sobre cómo organizar una sociedad más justa, pero no condujo a avances significativos en las negociaciones de paz en San Vicente del Caguán.

Ese mismo año, el vicescanciller Raymond Johansen evitó un choque y aterrizaje forzoso en una avioneta, cuando él y tres diplomáticos noruegos volaban a San Vicente del Caguán para reunirse con los jefes guerrilleros de las FARC. Dejó atrás su traje con corbata en Bogotá y se puso “el uniforme de un civil en la selva”, escribió el diario *Verdens Gang*, que documentaba el viaje. Después del casi accidente, Johansen fue amenazado con ser tomado como rehén en el aeropuerto por manifestantes que protestaban contra los muchos incumplimientos de las promesas del Gobierno, antes de “verse a los ojos con poderosos líderes guerrilleros de las FARC”²⁷. Uno de ellos era el viejo conocido de Noruega Joaquín Gómez. El comandante en jefe, Marulanda, en cambio, no se molestó en reunirse con el viceministro noruego.

Sin embargo, el líder supremo de las FARC se convirtió con el tiempo en una pieza permanente de la mesa de negociación en San Vicente del Caguán. Era un hombre bajito y recio, según Tom Tyrihjell, quien representó a Noruega en esas negociaciones. Tyrihjell habló mucho con Marulanda y lo animó a mostrarse más flexible, pero el comandante fariano era poco receptivo al consejo sobre cómo llegar a acuerdos. “Un hombre debe hacer lo que debe hacer”, solía decir Marulanda²⁸. Su objetivo era llevar a las FARC al poder en Colombia y aplastar el régimen elitista del país. Era un dogmático ideológico, gozaba de una gran autoridad entre sus propias filas y solía portar uniforme con una toalla al hombro que usaba para secarse el sudor en el calor tropical.

Las Fuerzas Armadas de Colombia estaban especialmente inconformes con el proceso de paz del Caguán. Dominaba la opinión de que el presidente Pastrana había cometido un gran error al cederle el control de una zona desmilitarizada a las FARC. Entre los militares había poca disposición para negociar, lo que preocupaba a algunos comandantes y líderes políticos que, por ende, querían darles a los oficiales una mejor formación en derechos humanos y derecho internacional aplicado en la guerra. Recibieron dinero de Noruega para organizar una serie de seminarios llamados Los Conversatorios, y el primero se realizó en marzo del 2001. Desde entonces se han venido organizando todos los años con el apoyo de Noruega²⁹.

El presidente Pastrana, para estimular la voluntad de negociar en San Vicente del Caguán, envió un día a los mejores chefs del restaurante de lujo más famoso de Bogotá al municipio selvático a preparar el almuerzo para todos los delegados y observadores extranjeros. El gesto creó un buen ambiente y era típico de unas negociaciones de paz donde los delegados de las FARC y del Gobierno pasaron más tiempo socializando que elaborando soluciones políticas. Todo el proceso colapsó al paso de tres años, en febrero del 2002. Las FARC se apoderaron de un avión y secuestraron a un senador, lo que llevó a Pastrana a

dar por terminadas las negociaciones enviando soldados para retomar la zona de distensión. La candidata presidencial Ingrid Betancourt fue secuestrada tres días después, en la misma zona. Durante los siguientes seis años, tanto ella como el senador fueron rehenes de las FARC. La guerra se recrudeció y entró en una fase particularmente sangrienta. Después del colapso del Caguán, las FARC estaban más fuertes que nunca: el grupo guerrillero se había afianzado incluso en Bogotá. El día que Álvaro Uribe asumió la presidencia en el verano del 2002, las FARC atacaron el palacio presidencial con lanzacohetes caseros para demostrar su poderío.

El Gobierno colombiano adelantó conversaciones paralelas con el grupo guerrillero ELN, mientras se llevaban a cabo las negociaciones con las FARC en el Caguán. Noruega fue uno de los cinco países que asistieron a estas reuniones para observar y formular preguntas. Tom Tyrihjell había restablecido la Embajada de Noruega en Bogotá en marzo del 2001, la misma que había sido cerrada en 1968. Tom pendulaba entre San Vicente del Caguán y La Habana, donde se llevaron a cabo las conversaciones con el ELN entre el 2001 y el 2003, por invitación de Fidel Castro.

Estas conversaciones continuaron durante varios meses después de romperse las negociaciones con las FARC, pero las partes nunca fueron más allá de discutir los temas a negociar y cómo hacerlo. Estos diálogos concluyeron a inicios del 2003. Noruega, en este caso Tyrihjell, continuó entonces con lo que es un ingrediente clave en la diplomacia de paz y reconciliación, a saber, cultivar los contactos: se trata de hablar con personas que pueden influir en los responsables de la toma de decisiones en la guerrilla o en el Gobierno, o reunirse con personas que en algún momento en el futuro puedan estar en condiciones de propiciar un diálogo de paz. A veces, la atención de los contactos implica dar dinero a organizaciones que pueden ejercer presión popular con la exigencia de negociar en lugar de combatir. Es un trabajo de paciencia y con pocos resultados medibles, pero en Colombia contribuyó a allanar el camino para que Noruega se convirtiera en una de las parteras del acuerdo de paz que se firmó varios años después.

Elenos en La Habana

Álvaro Uribe fue un presidente testarudo. Un poderoso terrateniente del departamento de Antioquia cuyo padre, según su familia, fue asesinado por las FARC en 1983^[30]. Uribe fue elegido presidente con la promesa de aplastar a la guerrilla por la vía de las armas, y para este propósito recibió buena ayuda del presidente estadounidense George W. Bush. Tanto las FARC como el ELN estaban incluidos

en la lista de organizaciones terroristas, allí figuraban junto con Al Qaeda, el grupo islamista que había atacado a Estados Unidos en el 2001. Como parte de la guerra contra el terrorismo, Estados Unidos intensificó el apoyo militar a Colombia para combatir a los grupos guerrilleros.

Uribe usó su arsenal más pesado contra las FARC mientras intentaba mantener diálogos de paz con el ELN. En el 2005, el ELN respondió positivamente a los acercamientos del Gobierno y las partes comenzaron a preparar nuevas conversaciones directas. En esta ocasión se pidió a tres países que fueran garantes del proceso: Noruega, España y Suiza. Cuando el ELN y el Gobierno finalmente se reunieron en La Habana para una primera ronda de negociaciones en diciembre del 2005, Noruega se presentó con tres diplomáticos, encabezados por Johan Vibe, a pesar de no tener del todo claro qué implicaba el papel de país garante.

Noruega no fue un aliado difícil de convencer. La diplomacia de paz noruega se había intensificado considerablemente desde el proceso de El Caguán y la anterior ronda de conversaciones con el ELN en Cuba. Jan Petersen, líder del Partido Conservador (Høyre), se había mostrado escéptico ante esta llamada “política de involucramiento” cuando asumió el cargo de canciller en octubre del 2001^[31]. Al igual que muchos de los pesos pesados dentro del NMFA, Petersen creía que ser facilitador, asesor y observador en los procesos de paz en regiones lejanas le quitaba recursos a la salvaguardia de los intereses fundamentales de Noruega, pero rápidamente cambió de parecer. Experimentó cómo la diplomacia de paz abría puertas en Washington D. C. y Bruselas, donde los políticos querían hablar con él sobre el conflicto en Sri Lanka, debido a que Noruega era facilitador de las negociaciones de paz entre el Gobierno y la insurgencia de los tigres tamiles. También querían saber la opinión de Petersen sobre la posibilidad de resolver los conflictos en Sudán, Colombia y Filipinas. La diplomacia de paz convirtió al ministro de Relaciones Exteriores de Noruega en un interlocutor codiciado por importantes aliados³².

Petersen afirmó que la diplomacia de paz no se trataba de altruismo, sino de política de seguridad³³. Durante los cuatro años que fue canciller, el presupuesto del NMFA para la resolución de conflictos se multiplicó por cinco, y se constituyó una sección nueva en el Ministerio para asuntos de paz y reconciliación. Noruega fue así el primer país del mundo en contar con una sección dedicada a la diplomacia de paz en la Cancillería. Estos esfuerzos se intensificaron aún más cuando Jonas Gahr Støre, del Partido Laborista (Arbeiderpartiet), sucedió a Petersen como canciller.

Gabriel García Márquez fue el padrino de los nuevos diálogos de La Habana entre el ELN y el Gobierno. El escritor era amigo íntimo de Fidel Castro y conocía bien a los líderes del grupo guerrillero. Márquez estuvo presente cuando

comenzaron las conversaciones una semana antes de la Navidad del 2005, y su presencia generó optimismo a pesar de todos los intentos fallidos de paz en los que él mismo había participado anteriormente. “He estado conspirando por la paz de Colombia casi desde que nací”, dijo García Márquez³⁴. Entonces, a sus 78 años, deseaba más que nunca que terminaran los eternos conflictos de su patria.

Yo me vinculé a las negociaciones entre el ELN y el Gobierno colombiano cuando las partes se reunieron para la cuarta ronda en La Habana, en octubre del 2006. Durante los siguientes diez años mi misión consistió en conspirar por la paz en Colombia. Eso significaba no ser un ingenuo de ojos azules, y siempre asumir que mis interlocutores ocultaban una agenda propia. Tampoco creer que lo dicho en confianza permaneciera en secreto, además de ser siempre consciente de estar siendo utilizado como una pieza más de un juego a gran escala. Conspirar por la paz también consistió en utilizar la información, las conversaciones y las personas de forma estratégica para empujar a las partes hacia la dirección correcta.

Las reuniones entre el ELN y el Gobierno colombiano se sostuvieron en El Laguito, una zona cerrada de La Habana donde Castro recibía a sus invitados prominentes y donde García Márquez disponía de una de las casas a su antojo. Los que representamos a los países garantes visitamos El Laguito, pero nos alojamos en un hotel del famoso Malecón de La Habana, que estaba a una buena distancia. Esta situación hizo que los diplomáticos de España y Suiza y yo supiéramos poco sobre el desarrollo cotidiano de las conversaciones. Los enviados del ELN o del Gobierno venían a actualizarnos un par de veces a la semana, pero solo en pocas ocasiones se reunieron los países garantes y las partes de la mesa. La ronda más larga de negociaciones duró seis semanas. Fue tedioso e insatisfactorio tener que sentarse en un hotel de La Habana sin nada más que hacer que esperar una audiencia con dos bandos en guerra.

Para mí había más actividad entre las rondas de negociaciones. Viajaba a menudo a Medellín, la segunda ciudad más grande de Colombia, donde Pablo Escobar, el capo de la cocaína, había liderado el cartel de droga más poderoso del mundo hasta su muerte, en 1993. Medellín era considerada una ciudad peligrosa, pero algo estaba a punto de pasar cuando empecé a visitarla. La administración de la ciudad había concluido que el aumento de la vigilancia policial y la mano dura contra las bandas criminales no conducían a la reducción de asesinatos y robos. En su lugar, eligieron otro remedio: un mejor acceso al agua potable, sistemas de alcantarillado renovados, transporte público más eficiente y nuevas casas en las zonas pobres. Esto arrojó resultados rápidos: en el 2005, la tasa de homicidios era una décima parte de lo que había sido en 1991^[35].

Mi destino de viaje en Medellín era la Casa de Paz, una villa señorial ubicada en una ladera al final de una carretera. Allí vivía Francisco Galán, uno de los líderes del ELN que participó en las negociaciones en La Habana. En realidad Galán estaba preso en Medellín, condenado a largas penas de prisión por terrorismo, secuestros y asesinatos, pero gozaba de libertad bajo ciertas restricciones mientras las negociaciones estaban en curso. Entre cada ronda en La Habana, él vivía en la Casa de Paz, que era financiada por Noruega, Suiza y España y custodiada por la Policía Nacional. El líder del ELN cultivaba hortalizas en el jardín de la casa, cuidaba a sus perros y era atendido por ayudantes, que nos servían el almuerzo cuando yo llegaba de visita. Al aire libre, en sillones mullidos bajo la pérgola, sostuvimos largas conversaciones sobre las negociaciones en La Habana, y le insté a articular claramente lo que el ELN exigía a cambio de renunciar a la lucha armada.

Después de ocho largas rondas de negociación e innumerables reuniones entre cada una de ellas, el ELN y el Gobierno no lograron llegar a un acuerdo de paz. Gabriel García Márquez y el presidente venezolano Hugo Chávez trataron de encauzar las partes hacia un acuerdo, pero no sirvió: las conversaciones naufragaron a finales del 2007. De nuevo fracasó otro proceso de paz.

Pájaro cautivo

El vocero del ELN, Francisco Galán, tiró la toalla tras los diálogos de La Habana. No quería continuar en la lucha armada. Uribe lo nombró promotor de paz y así no tuvo que cumplir el resto de la larga condena que le habían impuesto.

Juan Carlos Cuéllar fue otro líder del ELN que conocí durante el proceso de negociación. Fue encarcelado primero en Cali, luego en la cárcel de Bellavista, en Medellín. Continué visitándolo detrás de rejas durante los años siguientes. En mis viajes observaba un paisaje verde reverberante, montañoso y exuberante cuando el vuelo se acercaba al aeropuerto de Medellín, ubicado sobre la meseta de Rionegro, donde el presidente Álvaro Uribe poseía grandes extensiones de tierra. Durante los años en que Uribe estuvo en el poder, el aeropuerto fue mejorado considerablemente, mientras que las medidas que hubieran ayudado a aquellos que nunca tendrán el lujo de volar fueron más difíciles de percibir.

Yo solía tomar un taxi, usualmente viejo y destartado, directamente desde el aeropuerto hasta la prisión. El viaje duraba aproximadamente una hora por carreteras serpenteantes hasta Medellín, mientras el aire se iba calentando a medida que descendía. A menudo tenía que ignorar la cumbia o la salsa que inundaba el taxi y pedirle al conductor que condujera más tranquilo en las curvas cerradas; yo estaba dispuesto a correr riesgos, pero había límites.

La cárcel quedaba en el norte de la ciudad y consistía en un enorme bloque de cuatro plantas con varios miles de reclusos. Era vieja y estaba en ruinas, rodeada por una alta muralla con varias torres de vigilancia y aislada del mundo exterior por un pesado portón de acero fuertemente custodiado, por el que se accedía a un pequeño y polvoriento patio. Siempre llegué por fuera del horario de visitas, comúnmente en las tardes para no llamar demasiado la atención. Parado frente al primer portal de acero, golpeaba la ventanilla del guardia, que casi nunca entendía el motivo de mi visita a pesar de ser anunciada con tiempo: “¿Quién eres? ¿Qué quieres aquí? ¿Noruega? ¿Cuéllar?”, preguntaba y llamaba a un superior. A veces tenía que ir a la oficina del director del instituto penitenciario y a veces me tenía que identificar con pasaporte y huellas dactilares.

Al pasar los procedimientos en la entrada, se abría una pequeña puerta incrustada en el gran portón de acero, que daba hacia el patio frente al edificio de la prisión, donde los gritos y el ruido de las personas en las celdas sobrepobladas retumbaban entre las gruesas paredes de ladrillo. Bolsas de comida y ropa colgaban desde las ventanas de las celdas, mientras brazos humanos salían por entre las varillas. El ambiente era opresivo, hostil y ominoso. Subiendo una pequeña colina, al final de la plaza, esperaba otra puerta de acero, que daba a una sala de guardia, donde dos carceleros guardaban mi bolso, mi ordenador y el teléfono móvil. Al otro lado estaban las celdas especiales donde Cuéllar pagaba su condena. Los pocos reclusos de esa zona tenían su propio patio de ejercicios, donde Cuéllar y yo solíamos sentarnos en sillas de plástico blanco alrededor de una mesa cuadrada que acercábamos a un rincón, lo más alejado posible de los guardias y otros internos. Allí podíamos conversar sin ser interrumpidos mientras bebíamos café hecho allí, fuerte como pólvora y cargado de azúcar, y compartíamos una chocolatina noruega Freia.

Se declaró y decidió que el proceso del ELN había terminado después de romperse los diálogos en Cuba a finales del 2007. Los actores se retiraron a sus trincheras y continuaron la guerra, que ahora entraba a su quinta década. Para Noruega, sin embargo, la retirada no era una opción: habíamos invertido mucho en el proceso de La Habana y creíamos que existían las bases suficientes para reanudar el diálogo entre las partes. Yo había establecido buenos contactos con ambas partes de la mesa y mantenía bien las relaciones con ellos.

Cuéllar era el principal contacto con el ELN; era de baja estatura, fornido y enérgico, había nacido en el seno de una familia de la clase media de Popayán en 1960. Muy pronto se había afiliado al Partido Comunista y luego al ELN. Cuéllar asumió como el enlace de la guerrilla con el Gobierno después de que Galán se había retirado de la lucha armada. A pesar de estar privado de la libertad, lograba comunicarse a través de diversos canales con el Comando Central, el

grupo de cinco hombres que dirigía el ELN. El objetivo de las visitas a Medellín era llevar al ELN de vuelta a la mesa de negociación. El Gobierno colombiano conocía de mis conversaciones con Cuéllar y las avalaba.

También había otra motivación detrás de las visitas a la cárcel de Bellavista, que era, naturalmente, el posicionamiento de Noruega. Los actores de la diplomacia internacional de paz hablan rara vez de ello, pero sabemos muy bien que existe una competencia entre países y organizaciones para que se les otorgue el papel de mediador o facilitador en un proceso de paz. Hay beneficios políticos que se pueden obtener de la contribución a la paz en el mundo, especialmente para los países pequeños con grandes ambiciones. Noruega y Suecia son ese tipo de países y durante décadas han sostenido una rivalidad amistosa sobre quiénes son los mejores en la diplomacia de paz. Ambas naciones tienen una larga tradición que mantener: el héroe expedicionario polar noruego Fridtjof Nansen recibió el Premio Nobel de la Paz en 1922 por su labor humanitaria después de la Primera Guerra Mundial, mientras que el aristócrata sueco Folke Bernadotte fue el primer mediador de la ONU en Oriente Medio, hasta que fue asesinado por un extremista israelí, en 1948. En tiempos más recientes, Suecia tuvo una ventaja con el primer ministro Olof Palme, quien nunca se negó a dialogar con líderes políticos autoritarios. Tras su asesinato, en 1986, y el fin de la Guerra Fría, tres años después, Noruega se puso la camiseta de líder escandinavo en la diplomacia internacional de paz³⁶.

Tanto Suecia como Noruega participaron activamente en los esfuerzos para poner fin a años de violencia en Colombia. La embajadora de Suecia desde el 2005, Lena Nordström, organizaba desayunos semanales en los que los participantes debatían sobre las perspectivas de paz. Tenía una amplia red de contactos, y había un gran prestigio en ser invitado a estas reuniones³⁷. Ella se aseguró de que Suecia estaba bien posicionada para el papel de facilitador en caso de que se produjera un nuevo proceso de paz.

Por nuestra parte, representando a Noruega, trabajamos discretamente para establecer contactos dentro del aparato gubernamental y reuniéndonos con personas que pudieran ayudar a iniciar un proceso de paz. Cuando Noruega comenzó en serio con la diplomacia de paz, a principios de la década de 1990, nunca se formuló una estrategia sobre cómo debía hacerse, pero la experiencia de varios años demostró que los mejores resultados se daban al trabajar a largo plazo, manteniendo un perfil bajo, sin llamar la atención y ofreciendo nuestra experticia si las partes estaban interesadas. Mis numerosas reuniones con Juan Carlos Cuéllar, del ELN, fueron un ejemplo del tipo de ese trabajo a largo plazo. La construcción de confianzas es clave en la diplomacia de paz. También dediqué mucho tiempo conociendo personas y acercándome a círculos con conexiones

con las FARC, como el líder del Partido Comunista Colombiano, exguerrilleros, periodistas de izquierda y académicos.

Con las visitas a la cárcel de Bellavista se cultivaba la confianza hacia Noriega como un candidato serio para facilitar en la eventualidad de un nuevo diálogo con el Gobierno. En las conversaciones con Cuéllar cubríamos un amplio rango de temas: su historia personal, las relaciones internas del ELN, la relación con las FARC, el conflicto en la región del Cauca y en el sur, donde Cuéllar había operado. Pregunté sobre la voluntad de paz del ELN, sobre su visión de Uribe y de su sucesor, que sería elegido en el 2010. Se ingirieron muchas tazas de café fuerte en el aire cálido del patio de ejercicios, acompañadas por el ronroneo de los muchos miles de reclusos de la prisión.

Las perspectivas de un nuevo proceso eran escasas, pero aún así era posible lograr que los líderes del ELN hablaran. Este grupo guerrillero tenía una organización bastante descentralizada, y destacados intelectuales colombianos habían formado parte o lo conocían bien. No era el mismo caso con las FARC, que era un movimiento mucho más jerárquico y autoritario, y con menos amigos fuera de sus filas. Yo no tuve contacto directo con las FARC durante mi primer periodo en Bogotá, pero pronto experimentaría la forma de operar de esta enorme guerrilla.

LA CRISIS DE LOS
SECUESTROS Y
LA APROBACIÓN
DEL CANCELLER

Los hechos narrados en este capítulo se relatan con la ayuda de conversaciones con Alf Onshuus (Bogotá, 29 de noviembre del 2021 y 23 de febrero del 2022), Ana María Aldana (Bogotá, 23 de febrero del 2022), Tanja Nijmeijer (Bogotá, 9 de agosto del 2022), Alejandro Eder (1.º de abril y 9 de mayo del 2022, en video desde Miami, Florida), Frank Pearl (Bogotá, 23 de noviembre del 2021 y, en video, desde Canadá, 2 de septiembre del 2022) y Pablo Catatumbo (Bogotá, 8 de agosto del 2022).

EL PARQUE NACIONAL NATURAL UTRÍA, en el Chocó, es un tesoro natural sin igual. Sus frondosos bosques tropicales se desenvuelven por un paisaje montañoso, donde sus ríos surcan la selva y son las únicas vías de transporte. Se encuentran excepcionales criaturas en el bosque, como monos araña negros, ranas venenosas y jaguares. En la transición entre la tierra firme y el mar, crecen los bosques de manglares, y en las playas deambulan grandes tortugas. En la bahía de Utría nadan las ballenas jorobadas, que vienen para dar a luz y criar sus ballenatos.

Alf Onshuus y Ana María Aldana —que eran novios en ese momento— viajaron de vacaciones a Utría en enero del 2008; Ana María era bióloga y quería explorar la exuberante naturaleza. Las FARC tenían una fuerte presencia en la región, pero las Fuerzas Armadas, con la ayuda de Estados Unidos, habían logrado que la guerrilla se replegara. El Parque Utría había estado tranquilo por un buen tiempo, por lo que la joven pareja de Bogotá se sintió segura de viajar. Subieron a bordo de un barco turístico en el pueblo pesquero de Nuquí, junto con una veintena de personas, para explorar la extraordinaria área natural.

Alf Onshuus era colombiano, pero también ciudadano noruego, dada la nacionalidad de su padre, un fabricante de cuero que había trabajado para la ONU en temas de desarrollo industrial en África y América Latina. En Colombia encontró el amor, se casó y se radicó en Bogotá, donde nació y creció Alf. El padre de Alf murió cuando este era un adolescente y, a partir de entonces, todos los años viajó a Noruega para visitar a su abuela paterna. Era su único nieto y compartían un lazo familiar muy fuerte. A la edad de 25 años, culminó el doctorado en Matemáticas de la Universidad de California, Berkeley, y en el momento

de esas vacaciones en el Chocó, seis años después, la carrera académica de Alf estaba ya en marcha en la Universidad de los Andes, en Bogotá.

Ana María y Alf nadaron y caretearon en una de las hermosas playas de Utría. En el camino de regreso a Nuquí, el barco se detuvo en una cascada donde los turistas podían quitarse el agua salada. Ana María divisó un sendero estrecho que subía a una colina y llevó a Alf por un desvío hacia el bosque. Allí, el idilio terminó abruptamente. Dos guerrilleros de las FARC prestaban guardia a lo largo del sendero, ordenaron a la pareja que bajara a reunirse con los otros turistas en la cascada, donde el grupo guerrillero estaba en proceso de incautar objetos de valor. Alf y Ana María fueron obligados a internarse en el denso bosque con los combatientes armados. Ana María se dio cuenta de lo que les esperaba; serían prisioneros durante varios meses. El secuestro era una de las formas de la guerrilla para obtener dinero, y dos de sus tíos habían sido víctimas de este método extorsivo. Por regla general, los rehenes eran elegidos entre las familias que tenían los recursos económicos suficientes para pagar por la liberación de sus seres queridos. Pero en el Parque Utría, aquel 13 de enero del 2008, la selección fue completamente aleatoria.

Yo también me había ido de vacaciones de Año Nuevo para explorar paisajes impresionantes durante ese mes en el 2008. Junto con dos amigos, me encontraba en Argentina para ascender el Aconcagua, la montaña más alta de América: 6960 metros sobre el nivel del mar. Hacía un frío ártico y el cielo estaba estrellado cuando, en medio de la noche, dejamos el campamento base, al pie de un imponente glaciar, para embarcarnos en la etapa final. Yo me fui debilitando a medida que ascendíamos, y tuve que concentrarme en dar un pequeño paso a la vez. A un par de cientos de metros antes de la cumbre estaba tan confundido que me quité mi gruesa chaqueta de plumas por lo que quedé expuesto al aire gélido. Los demás vieron que tenía soroche, que caminaba inestable y que no estaba en condiciones de responder por mí mismo. Tuve que descender lo más rápido posible, y uno de mis compañeros se dio la vuelta para acompañarme de vuelta al campamento base, mientras el tercero de nosotros continuaba hasta la cima.

Se suponía que íbamos a descansar unos días en Buenos Aires después de la caminata, pero apenas llegamos recibí una llamada del NMFA en Oslo: un noruego había sido secuestrado por la guerrilla en Colombia, y tuve que regresar de inmediato a Bogotá. Yo había visto a Alf varias veces, y la desazón por no haber podido escalar el Aconcagua se vio del todo olvidada por el destino que ahora le tocaba vivir: Alf podía permanecer en poder de las FARC por mucho tiempo, y corría el riesgo de ser asesinado.

Entre la mayoría de los colombianos, las FARC eran percibidas como la maldad misma, más amenazantes y aterradoras que el ELN. Por lo menos 21 396 personas fueron secuestradas por las FARC durante un período de 20 años³⁸. Fue una forma brutal de retención, que afectó duramente tanto a los secuestrados como a sus familias. La rehén más conocida fue la excandidata presidencial Ingrid Betancourt, quien en el 2008 padecía su séptimo año en cautiverio. Durante largos periodos estuvo confinada en una jaula o en un cobertizo de tablores, de donde salía solo para hacer sus necesidades en un agujero en el suelo. Intentó escapar, por lo que fue castigada imponiéndole un pesado grillete en el cuello, que en el otro extremo estaba atado a un árbol. Mal alimentada, enferma y con grandes ampollas en los pies, fue sometida a largas marchas diarias a través de la escabrosa selva. El libro de Betancourt sobre el cautiverio en las FARC es una muy dramática descripción de todo lo que un ser humano puede soportar, tanto la maldad humillante como los peores calvarios³⁹.

Tres estadounidenses fueron prisioneros de las FARC junto con Betancourt. En el 2003 su avioneta se había estrellado en la selva colombiana, durante un reconocimiento de producción de coca. El piloto, también estadounidense, y un oficial de inteligencia colombiano que venía a bordo habían sido asesinados por la guerrilla. Los estadounidenses y los políticos fueron los rehenes trofeo de las FARC, los de primera categoría. Eran considerados y tratados como moneda fuerte de cambio, que podía ser utilizada para forzar la liberación de miembros de las FARC encarcelados. Soldados y policías también podían ser utilizados en ese trueque, pero el Gobierno de Uribe tenía poco interés en intercambiar prisioneros, por lo que los rehenes políticos permanecieron en cautiverio año tras año. Aunque quietos es un decir, porque en realidad muchos rehenes fueron obligados a caminar durante días y semanas para no ser detectados por el Ejército.

Ana María y Alf pertenecían a la segunda categoría de rehenes, los que podían ser liberados del cautiverio a cambio de un monto de rescate pagado por su familia o empleador. En los primeros días que siguieron al secuestro, hubo varios informes de prensa en Noruega y Colombia sobre la pareja que había sido secuestrada en el Chocó. Luego se hizo el silencio. A mayor interés mediático, era mayor el riesgo para la familia de que se aumentara el monto del rescate y de que se prolongara el tiempo de cautiverio. Además, mucho ruido sobre el caso en Noruega podría aumentar el riesgo de que Alf se convirtiera en un rehén político y no fuera liberado en absoluto. Por eso les pedí a todos los que se involucraron en el tema que mantuvieran un perfil bajo, a la par que el NMFA en Oslo instó a la familia de Alf en Drammen a no dar entrevistas a la prensa.

Con chancas en la selva

Alf y Ana María estaban mal equipados como rehenes, andaban en “chancas”, bermudas y camiseta. Sus captores portaban las características botas de caucho de las FARC. Con el tiempo los secuestrados también tuvieron botas —robadas a indígenas locales, que las necesitaban bastante—.

Los prisioneros eran obligados a caminar muchas horas diariamente. Las FARC los querían lo más lejos posible del alcance de los militares. El ritmo se ralentizó después de un par de semanas, los secuestrados fueron mantenidos en campamentos durante unos días antes de reemprender la marcha. En las noches, Ana María y Alf dormían en el suelo, en improvisadas camas de campaña, hechas de hojas de palma y un tendido de plástico. Otro tendido de plástico, amarrado a palos en sus cuatro esquinas, los cubría. Al cabo de unas semanas, sus captores les hicieron unas sencillas camas de madera. La comida consistía en pequeñas raciones de arroz y frijoles, y principalmente plátanos —una verdura suramericana que se parece al banano y sabe a batata—. Los militares habían cercado la zona de operaciones de las FARC, de modo que impedían el ingreso de víveres.

Fueron dotados con algo de ropa un tiempo después, y la higiene cotidiana fue cuidada con baños diarios en los innumerables ríos de la densa selva del Chocó. Alf se enfermó gravemente, por lo que tuvo fiebre alta y alucinaciones. Los guerrilleros de las FARC le administraron antipiréticos y afortunadamente se recuperó. Ana María fue liberada al cabo de dos meses como rehén, con órdenes de conseguir el rescate que la guerrilla exigía por Alf. Había cumplido 25 años durante su cautiverio y ahora se enfrentaba a la tarea más difícil de su vida: salvar la vida de su pareja. Ambos creían que era solo cuestión de días para que Alf también fuera liberado.

La primera llamada de parte de las FARC se produjo un día después de que Ana María regresara a Bogotá. Los padres habían recibido consejos de expertos sobre cómo manejar las negociaciones del rescate, y a Ana María se le pidió ser paciente. Tenía que mantener la cabeza fría, negociar duro y no ceder ante amenazas. Se necesitarían varios meses para acordar una suma. A como diera lugar, no podía aceptar un valor demasiado alto, porque entonces las FARC alegarían que habían sido engañados y que podían pagar más, lo que prolongaría el cautiverio de Alf.

Las negociaciones comenzaron con la exigencia de 2000 millones de pesos por parte de las FARC. Ana María, temerosa, respondió con una contraoferta muy inferior a lo exigido por la guerrilla. La situación era absurda; era como si estuvieran negociando una mercancía. Desde Noruega, los familiares advirtieron que podían enviar el dinero, y Ana María tuvo que esforzarse para hacerles entender —como a ella misma le costó entender— que en principio no se

trataba de un monto de dinero. Enfrentaba una lucha de poder y tuvo que usar todo su ingenio para salvar a Alf.

Ana María intentó ir a trabajar, pero desistió a los pocos días. Tenía su celular en la mano todo el tiempo, nunca sabía cuándo llamaría la persona de las FARC. Siempre era el mismo hombre, y siempre transcurrían varios días entre cada ronda de negociaciones. Después de cada llamada telefónica, Ana María y sus asesores se reunían para trazar el plan a seguir. En el Chocó, Alf no tenía idea de las negociaciones sobre su rescate. Sus carceleros le mintieron y le dijeron que Ana María no contestaba el teléfono. Alf estaba abatido. No sabía que su novia estaba siendo amenazada por teléfono con que, si no pagaba lo que exigían las FARC, lo matarían.

Para Alf, como para muchos de los secuestrados en las selvas de Colombia, la radio era su única conexión con el mundo exterior. Las FARC relajaron la prohibición de las primeras semanas y terminaron por darle una radio a Alf después de que Ana María fue liberada. En la madrugada, solía escuchar un programa llamado *Las voces del secuestro*. En él, los familiares de los secuestrados podían saludar a sus seres queridos, a pesar de no saber si el mensaje llegaría a su destinatario. La madre de Alf le envió mensajes a su hijo a través de este programa, mientras que Ana María habló con él a través de una estación de radio militar. Ambos le confirmaron su amor, y Ana María intentó cifrar mensajes sobre las difíciles negociaciones con las FARC. Alf no entendió el mensaje secreto, pero el escuchar las voces familiares mantuvo su ánimo en alto.

Estuve en contacto con las madres de Ana María y Alf, y con las autoridades colombianas durante el desarrollo de este drama de secuestrados. Era poco lo que yo y el NMFA podíamos hacer para sacar a Alf de su cautiverio. Noruega como Estado se opone a la liberación de secuestrados con el pago de rescates, pues esto ayuda a financiar a grupos criminales y aumenta el riesgo de más secuestros. Sin embargo, era evidente que en el caso de Alf era la única salida, y Ana María era la única persona que las FARC aceptaban como contraparte en las negociaciones.

En mis conversaciones con las autoridades colombianas, dejé claro que evitaríamos por todos los medios una operación de rescate armado. Durante las cinco décadas de secuestros de las FARC, el Ejército colombiano intentó varios rescates de secuestrados por la vía de las armas, que a menudo terminaban trágicamente, como ocurrió en mayo del 2003 en las montañas al noroeste de Medellín. En esa ocasión, un gobernador y ex ministro de Defensa fue ejecutado por las FARC, junto con ocho soldados, durante una fallida operación militar de rescate⁴⁰.

El bosque tropical donde Alf estaba cautivo era prácticamente impenetrable. Yo mismo sobrevolé la zona en un avión militar de reconocimiento y comprendí lo difícil que sería encontrar a las FARC y a sus secuestrados. Vista desde el aire, la selva parecía un tapete de brócoli, los altos árboles se cerraban sobre los secretos ocultos a ras del bosque y solo se apartaban donde los ríos más grandes discurrían entre el paisaje. Los guerrilleros de las FARC eran maestros en operar en este terreno. No se dejaban intimidar por las cascadas empinadas o los pantanos espeluznantes. Esa fue una de las razones por las que los militares nunca pudieron atraparlos: la topografía y la movilidad guerrillera los protegían tanto de ataques aéreos como terrestres.

Un día, una de las guerrilleras de las FARC habló más de la cuenta con Alf. “Hemos bajado a 1000 millones de pesos”, dijo. Habían pasado dos meses desde la liberación de Ana María; todo ese tiempo había tardado reducir a la mitad la suma de dinero exigida para la liberación, pero Alf sabía que seguía estando muy por encima de lo que él y su novia podían pagar. Cuando estuvieron juntos en cautiverio, la pareja había acordado su límite de pago. Alf entendió en ese momento que su liberación tardaría aún más, pero al menos ahora sabía que las negociaciones estaban en curso. Se prometió a sí mismo que, si no estaba libre al cabo de seis meses, intentaría escapar.

Alf no tenía miedo de morir, sino de apaciguarse. Comenzó a entrenar y se dedicó a jugar ajedrez con el líder del grupo que cuidaba de los secuestrados. Con excepción de este comandante, los captores de Alf tenían poca o ninguna educación. Eran los típicos guerrilleros de base de las FARC, criados en familias campesinas pobres, sin perspectivas de educación ni ascenso social en la altamente jerarquizada Colombia. Las bandas de narcotraficantes y las guerrillas eran en muchos casos las únicas alternativas posibles. A pesar de que era un rehén de la guerrilla, Alf entendió por qué algunos estuvieron dispuestos a tomar las armas contra los dueños del poder: los recursos de la rica y hermosa Colombia estaban distribuidos de una manera extremadamente injusta.

La justificación de la cúpula guerrillera para mantener cautivos a los secuestrados durante meses y años era que varios miles de miembros y simpatizantes de las FARC estaban encarcelados en Colombia, por lo que era apenas justo y sensato que la guerrilla secuestrara a políticos, soldados, policías y periodistas para equilibrar las cuentas de prisioneros. Los secuestros ejecutados por las FARC para obtener ingresos se legitimaron comparando el dinero de los rescates con los impuestos cobrados por el Gobierno. Dado que el Estado gastaba el dinero de los ciudadanos en la guerra y no en medidas para el desarrollo social, las FARC tenían derecho a recaudar sus propios impuestos, argumentaba la cúpula guerrillera. Durante varios años internamente en las FARC se debatió

si los secuestros tenían un costo político excesivo en forma de la pérdida de reputación frente a la mayoría de los colombianos, pero hubo poco espacio para preguntarse si era moralmente defendible que un movimiento revolucionario privara a personas de su libertad.

Liberación

Se acercaba el medio año de su cautiverio y Alf no sabía hasta qué punto habían avanzado las negociaciones. Un día, sentado y encorvado sobre una partida de dominó, vio cómo cinco guerrilleros entraron al campamento y dieron órdenes provenientes del alto mando. Alf recibió órdenes de prepararse, y justo antes del atardecer comenzaron a caminar. Cuando acamparon esa noche, Alf se enteró de que sería liberado. En la mañana del 2 de julio del 2008, se dirigieron a un río en la selva, donde Alf recibió la orden de abordar una canoa junto con tres guerrilleros.

Ana María había acordado con las FARC la cantidad que pagaría como rescate. Recibió instrucciones de entregar el dinero en un lugar al norte de Quibdó, la capital del departamento, remontando el caudaloso río Atrato, por su afluente Remolacha, pasando luego a un río aún más pequeño. Los expertos en seguridad le aconsejaron que no fuera ella y, en su lugar, enviar a una persona que no llamara la atención en la selva del Chocó, donde la mayoría de los habitantes son indígenas. La antigua niñera de Alf, Marta, asumió la arriesgada tarea de mensajera⁴¹.

Las dos mujeres, el padre de Ana María y un amigo de la familia viajaron en avión de Bogotá a Quibdó con el dinero escondido bajo su ropa para evitar que tanto efectivo llamara la atención. La gran pila de billetes se introdujo luego en el fondo de un bolso y se cubrió con muchas bolsas de caramelos y papas fritas. Marta subió con el bolso a bordo de una lancha de propiedad de la iglesia local. Un sacerdote y un barquero la acompañaron en la travesía por el río Atrato.

Alf y los guerrilleros llevaban unos minutos esperando en la canoa cuando oyeron el zumbido del motor. Alf reconoció a Marta y se sentó a esperar mientras los secuestradores contaban el dinero que ella traía. Se le permitió subir a la lancha de la iglesia, bajaron por el pequeño río, entraron al río Remolacha, y en la desembocadura que da al río Atrato fueron detenidos por soldados de una base militar. ¿Podría el camino a la libertad ser torpedeado por soldados celosos que los acusarían de hacer trueques con las FARC? Pero no. “Ingrid Betancourt está libre!”, gritó uno de los soldados.

Después de más de seis años y cuatro meses de cautiverio, la excandidata presidencial había sido liberada por soldados de las fuerzas especiales colombianas. Con ella, tres estadounidenses y once soldados y policías salieron

finalmente de su cautiverio. Unas semanas antes, la inteligencia militar había localizado a los secuestrados en el departamento del Guaviare y logrado penetrar los canales de comunicación de las FARC, tomando el control de la conversación entre los captores y su comandante en jefe, el Mono Jojoy. Los comandantes locales creyeron que recibían órdenes de Jojoy mientras hablaban con agentes militares. Jojoy fue engañado haciéndole creer que sus órdenes eran dadas a los guardianes de Betancourt. Los agentes militares dieron instrucciones de reunir a los secuestrados en un lugar, donde serían recogidos en helicóptero por enviados humanitarios desarmados. El mensaje recibido por los comandantes locales fue que serían llevados a una reunión con la cúpula de las FARC.

Los secuestrados estaban maniatados mientras eran conducidos a bordo del helicóptero junto con dos comandantes de las FARC que portaban armas. En el aire, los dos fueron dominados y los secuestrados se enteraron de que habían sido liberados. Betancourt describe así el sentimiento de felicidad: “Un grito largo muy largo y muy doloroso emergió desde lo más profundo de mi corazón y llenó mi garganta como si estuviera vomitando fuego al cielo. Me obligó a abrirme por completo, como si fuera un parto. Cuando terminé de vaciar mis pulmones, mis ojos se abrieron en otro mundo y me di cuenta de que había sido catapultada a la vida”⁴².

Fue una coincidencia que Alf fuera liberado el mismo día. La sensacional noticia del Guaviare desató júbilo en todo el mundo, pero, en Quibdó, Ana María estaba preocupada. Junto con su padre y el mejor amigo de Alf, esperó a que su novio y Marta llegaran a la ciudad. Temían que las FARC, luego de ser engañadas en la operación del Guaviare, quisieran retener a Alf. El sacerdote había dicho que deberían estar de regreso en Quibdó antes de las 6:00 de la tarde. Dieron las 6:00, luego las 6:30. Ana María estaba desesperada. Finalmente, a las 7:00 de la noche, llamó el sacerdote. Alf ya estaba en su casa, y allí fue donde la pareja se reencontró.

Alf fue registrado en el hotel bajo un seudónimo para evitar que se filtrara la noticia de su liberación. Él y Ana María querían celebrar en paz y difundir el feliz mensaje cuando estuvieran de regreso en Bogotá. Llamé a Ana María esa noche y me dijo que Alf estaba libre. Comunicué la información al NMFA en Oslo.

Alf se despertó a las cinco al día siguiente y descubrió que había recibido una enorme cantidad de correos electrónicos. “¿Qué está pasando? Los medios noruegos informan que estás libre”, escribieron amigos y colegas de todo el mundo. El NMFA había anunciado la noticia en Noruega, que está siete horas por delante de Colombia. Ana María estaba furibunda. Durante cuatro meses había seguido un guion estricto en el exigente juego de conducir a su novio a la libertad, y fuimos precisamente nosotros, el NMFA, los que le pasamos por

encima cuando ella por fin pudo bajar los hombros. No fue mi momento de mayor orgullo como diplomático noruego en Colombia.

A primeras horas de la mañana, el hotel de Quibdó fue rodeado de periodistas locales, quienes los siguieron, tomaron fotos y pidieron entrevistas. Alf envió un correo electrónico a todos sus contactos confirmando que había sido liberado. No hubo un discreto regreso a casa en Bogotá, como la pareja había planeado. Pero, de todas maneras, lo más importante era que la pesadilla había terminado. La vida podía empezar de nuevo.

Contactos en el Gobierno

Las FARC mantuvieron a personas como secuestrados a lo largo de sus cincuenta años de historia. La primera víctima fue Harold Henry Eder, un poderoso terrateniente y líder empresarial de la ciudad de Cali. Era fundador del ingenio azucarero más grande de Colombia y había sido miembro del gabinete ministerial por un periodo corto. El 20 de marzo de 1965, a caballo, inspeccionaba una de sus propiedades cuando él y sus tres acompañantes fueron rodeados por hombres armados. Eder fue herido en el altercado que se suscitó, y su guardaespaldas fue decapitado. Los bandidos, actuando a órdenes de las FARC, se llevaron a Eder con ellos, y su esposa recibió la exigencia de pagar dos millones de pesos para volverlo a ver. Unas semanas más tarde, fue encontrado el cadáver de este hombre de 62 años; probablemente había muerto por desangre el mismo día en que fue secuestrado⁴³.

Alejandro Eder nació diez años después de que su abuelo fuera secuestrado y asesinado, pero ese asesinato marcó su vida y la de toda su familia. La dinastía azucarera Eder se convirtió en el símbolo de lo que combatían los grupos guerrilleros: riqueza, poder y privilegios. Cuando Alejandro era niño, intentaron secuestrar a su madre y secuestraron a una de sus tías. Las amenazas llevaron a la familia a trasladarse a Estados Unidos, donde el joven Eder comenzó su carrera profesional en un banco de inversiones de Nueva York.

Durante el proceso de El Caguán, en el cambio de milenio, el líder de las FARC, Manuel Marulanda, apareció con frecuencia en los noticieros de televisión, a lo que la viuda de Harold Eder reaccionaba con fuerza. “Él mató a tu abuelo hace treinta y cinco años y sigue en libertad”, le dijo enojada a su nieta, quien compartía su disgusto con el movimiento guerrillero. Por eso fue grande la consternación cuando el padre de Alejandro Eder viajó a San Vicente del Caguán en el 2001 y se reunió con Marulanda junto con otros empresarios. Alejandro, de 25 años, se enfureció cuando su padre mostró una foto suya con el supuesto asesino de su abuelo. La respuesta de su padre fue un punto de inflexión en la

vida del joven empresario: “Mi deseo de venganza está por debajo del derecho de los colombianos a vivir en paz. Si yo, sentándome con Marulanda, puedo contribuir a la paz, haré lo que sea necesario”.

Eder rompió con Wall Street y comenzó estudios de conflictos en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Una vez presentada su tesis de maestría, comenzó a trabajar en la Oficina de Reincorporación durante la administración del presidente Uribe. La Oficina era responsable del seguimiento de una especie de acuerdo de paz del 2003 entre el Gobierno y los grupos paramilitares de Colombia. El acuerdo trataba de desarmar a más de treinta mil paramilitares, que eran socios criminales de capos de la droga, terratenientes y algunos políticos influyentes. Los paramilitares son responsables de un enorme número de asesinatos, desapariciones, secuestros y violaciones y habían expulsado a miles de colombianos de sus hogares. Según el acuerdo, los paramilitares recibirían sentencias de prisión cortas si cooperaban con los fiscales, y se les otorgaría el derecho a participar en un programa estatal de reintegración⁴⁴. Uribe le pidió al economista Frank Pearl que dirigiera este programa, y Eder se convirtió en su segundo al mando. Conoció a Pearl por primera vez en marzo del 2007; él y Eder se convirtieron en mis contactos más importantes en las altas esferas gubernamentales.

Pearl tenía 44 años y era director de una de las empresas privadas más grandes de Colombia cuando aceptó el exigente trabajo en la oficina del presidente. Su motivo para pasar del mundo de los negocios a la política fue su ardiente deseo de paz en Colombia. Consideraba necesario llegar a acuerdos de paz tanto con las FARC como con el ELN. La esposa de Pearl era nieta de uno de los secuestrados más famosos de las FARC. Guillermo Cortés era un destacado editor y propietario de medios de comunicación, que solía pasar los fines de semana en su casa de campo en Choachí, en las afueras de Bogotá. Tenía 72 años cuando guerrilleros armados vestidos de civil irrumpieron en su propiedad, un sábado por la tarde, en enero del 2000, y lo secuestraron, llevándoselo en su propio automóvil. Las FARC exigieron una suma de rescate astronómica y amenazaron con cortar a Cortés en pedazos y enviarlo a su familia en una bolsa de basura si no se cumplía la demanda.

Las negociaciones del rescate provocaron profundas divisiones en la familia. Una de las partes quería acceder a la demanda, independientemente del monto, mientras que la otra parte quería mantener las negociaciones para reducir la suma del rescate. Cortés fue prisionero de las FARC durante siete meses, tiempo en el que sufrió largos períodos de aislamiento total. Cuando se le ordenó que se moviera, no le dieron botas. Caminaba sangrante, descalzo por un terreno selvático. En agosto, después de siete meses de cautiverio, fue rescatado en una operación militar, donde escapó milagrosamente de ser asesinado.

Unos años más tarde, a Pearl se le había otorgado la responsabilidad de reintegrar no solo a los paramilitares, sino también a guerrilleros desertores. Implementó programas para detener el reclutamiento de menores por parte de la guerrilla y nombró a una desertora de las FARC como una especie de promotora de paz. En la guerrilla había sido conocida por su brutalidad, pero ahora Pearl le había encargado recorrer las escuelas y las cárceles para advertir a los jóvenes que no se dejaran atraer por la lucha armada. Esto fue muy comentado por los medios de comunicación y una noche, cuando Pearl llegó a casa del trabajo, fue recibido por un furioso Cortés: “¿Una promotora de paz? ¡Esta mujer es malvada, ella era la que me custodiaba y se negaba a dejarme usar botas!”, espetó el exrehén de las FARC.

“Entiendo tu rabia”, respondió Pearl, y agregó: “Hago esto para que nadie vuelva a pasar por lo que tú viviste y para que ninguna familia se vea sometida a la misma pesadilla que sufrimos nosotros”. Pearl mantuvo su voto de confianza en la desertora de las FARC, y, para cuando Cortés murió en el 2013, le había dado ya todo su apoyo a la reconciliación con el grupo guerrillero que tanto dolor le habían causado a él y a su familia.

Alejandro Eder y Frank Pearl se convertirían en figuras claves en el trabajo para iniciar negociaciones secretas de paz con las FARC a partir del 2010, pero ni ellos ni yo predecimos eso cuando nos conocimos mientras Uribe todavía era presidente. Eder y Pearl eran idealistas, ambiciosos e inteligentes, pero tenían un mal punto de partida para iniciar un proceso de paz: su jefe —el presidente Uribe— solo quería negociar un cese al fuego y la paz si el combustible para la guerra de guerrillas, es decir, la evidente distancia entre ricos y pobres en Colombia no era un tema.

De vuelta a Noruega

A finales del 2008 regresé bastante desilusionado de Bogotá a mi casa en Oslo. A pesar de todas las visitas a la cárcel de Medellín, de las cartas enviadas y recibidas del Comando Central del ELN y de todas las reuniones con personas en el poder, no había logrado llevar a la guerrilla y el Gobierno de regreso a la mesa de negociaciones. Poco más que una amplia red de contactos era lo que tenía para mostrar como resultados. Sin embargo, pensaba que había razones para seguir trabajando con Colombia. Las varias décadas de la guerra habían demostrado que ninguno de los dos bandos, ni el Gobierno ni la guerrilla, estaban en capacidad de derrotar militarmente al otro, de tal forma que un proceso de paz se abriría paso tarde o temprano. Para ese entonces, Noruega estaría en

la mejor posición para asumir el papel de facilitador internacional, siempre y cuando se mantuvieran los contactos que yo había establecido.

En el 2009, la diplomacia de paz y reconciliación bajo la dirección del NMFA estaba en su punto más ambicioso. El gasto anual superaba el equivalente a 350 000 millones de pesos colombianos, y el ministro de Relaciones Exteriores, Jonas Gahr Støre, estaba muy involucrado en el trabajo que adelantaba la Sección de Paz y Reconciliación. Gran parte de estas actividades eran completamente desconocidas para el público. Por ejemplo, no fue sino hasta el 2016 que se supo que, durante este período, diplomáticos noruegos se reunieron con representantes talibanes en lugares secretos en Pakistán. El objetivo era entablar negociaciones entre el grupo islamista y el entonces Gobierno de Afganistán⁴⁵. Noruega inició estas conversaciones en el 2007 sin informar a Estados Unidos. Los estadounidenses solo llegaron a reconocer, mucho después de que Barack Obama asumiera la presidencia, en enero del 2009, que los talibanes tenían que ser parte de la baraja política en Afganistán si algún día se quería alcanzar la paz en el país.

Obama también envió nuevas señales de política exterior hacia América Latina. Contempló suavizar las sanciones contra el Estado comunista de Cuba y fue más pragmático que su predecesor, Bush, en relación con los gobernantes de izquierda en los países vecinos de Colombia, Venezuela y Ecuador. El apoyo de Estados Unidos era un requisito para las negociaciones de paz, y todo indicaba que Obama daría su visto bueno para hablar con la guerrilla en lugar de intentar derrotarla. En el 2009, no faltaba mucho tiempo para que se produjera un cambio de presidente en Colombia, lo que podría allanar el camino para un nuevo intento de paz.

Estos fueron los argumentos que presenté a Støre cuando me invitaron por primera vez a la oficina del ministro de Relaciones Exteriores, en la primavera del 2009. Me habían aconsejado que fuera conciso y preciso, pero mientras hablaba me di cuenta de que había salido mal. Al final de la larga mesa de reuniones, Støre miraba su reloj de pulsera. Este es el final de mi trabajo en Colombia, pensé. Sin embargo, el apoyo político fue asegurado por el jefe de sección Geir O. Pedersen, uno de los veteranos de la diplomacia de paz noruega, quien creía en el proyecto Colombia. Dudaba de que yo tuviera éxito en la negociación de un tratado de paz, pero pensaba que valía la pena intentarlo. El historiador, proveniente de una familia cristiana dedicada a la caridad, había participado en la mediación de las negociaciones secretas entre Israel y la OLP en 1993, lo cual fue el preludio de un largo e incesante diálogo con partes beligerantes en muchos países, en un intento por mitigar o poner fin a diversos conflictos armados⁴⁶.

Fui nombrado enviado especial para Colombia con amplios poderes de Støre y Pedersen. Me exoneraron de seguir la estrategia general del NMFA para

América Latina, y la oficina a cargo de Colombia no tenía idea de lo que yo estaba haciendo. Tampoco se informó a mis colegas de la Sección de Paz y Reconciliación, y la dirección aprobó los gastos de viaje sin hacer demasiadas preguntas sobre mis logros al cruzar el Atlántico al menos una vez al mes. Era una forma muy inusual de hacer diplomacia, apta para crear desconfianza en un ministerio burocrático con cierto nivel de competencia. Se le dio a una persona acceso casi ilimitado para asegurarse de que Noruega estuviera lista en el momento en que se formara un signo de paz sobre el cielo colombiano.

La confianza puesta en mí fue administrada con un entusiasmo cauteloso y rara vez hablaba de lo que implicaba mi trabajo. En Colombia, asistía a conferencias y me reunía con políticos, líderes eclesásticos, editores y académicos. Viajaba a lugares remotos del país para hablar con personas que pudieran ayudar a iniciar un proceso de paz, o participaba en Los Conversatorios, la capacitación de oficiales de las Fuerzas Armadas colombianas. Tan frecuentemente como era posible, me sentaba con Juan Carlos Cuéllar en la cárcel de Medellín para discutir lo que se necesitaría para que el ELN reanudara las negociaciones con el Gobierno. Las conversaciones fueron tan prometedoras que a finales del 2009 comencé a hacer planes para una reunión entre el ELN y el Gobierno colombiano en Noruega.

El alto comisionado para la paz

Frank Pearl fue nombrado alto comisionado para la paz de Colombia en febrero del 2009 y Alejandro Eder se convirtió en su asesor más cercano. Los dos ocupaban ahora un lugar central en el aparato gubernamental como agentes de paz, y comenzaron con un borrón y cuenta nueva. No quedaba documentación de lo hecho por el antecesor de Pearl, quien había negociado con el ELN en dos ocasiones. Pearl quería darle al próximo presidente de Colombia un mejor punto de partida para iniciar un proceso de paz, y lo ayudé a crear un archivo. El archivo incluía un resumen general de los acuerdos alcanzados con el ELN y de las concesiones que habían hecho los jefes guerrilleros. Se trataba también de detalles prosaicos, pero importantes, entre estos la información de si a Cuéllar se le permitía tener una computadora y un teléfono móvil en la prisión, y de cuántas visitas tenía permiso de recibir.

Pocos creían que fuera posible iniciar un proceso de paz faltando un año y medio para que expirara el segundo mandato de Uribe, ya fuera con las FARC o con el ELN. Pero las FARC llevaban la carga de siete años de guerra intensa y comenzaron a mostrar voluntad de reunirse con el Gobierno. Varios secuestrados políticos de alto perfil fueron liberados después de muchos años de cautiverio sin que las FARC exigieran algo a cambio. Uno de ellos fue un político local de

Cali, quien el 5 de febrero del 2009 regresó finalmente a casa, después de siete años como rehén en la selva. La liberación le dio a Pearl, como flamante alto comisionado, la oportunidad de extender su mano a las FARC. Viajó a Cali con un sobre que un intermediario entregaría a la cúpula de las FARC. “Tenemos que hablar”, escribió Pearl. Fue el primer intento de crear un canal de comunicación con el líder de las FARC, Alfonso Cano.

El experto en agricultura Henry Acosta se convirtió con el tiempo en el mensajero de Pearl para la comunicación con la dirección de las FARC. En el 2009 tenía 60 años y vivía en Cali, donde trabajaba como consultor para grandes agricultores de la región. En 1998, su automóvil fue detenido por guerrilleros de las FARC en un camino veredal, y fue conducido al comandante Pablo Catatumbo⁴⁷. Acosta podría haber terminado como rehén de la guerrilla, pero no era muy rico, por lo que Catatumbo ordenó su liberación: exigir un rescate por él no valía la pena. En cambio, Acosta se convirtió en amigo de Catatumbo: los dos hablaron durante horas el primer día y se mantuvieron en contacto a lo largo de los años. Acosta siguió adentrándose en territorio de las FARC, a menudo a lomo de burro para no despertar sospechas en los servicios de inteligencia. Solía llevar *whisky* y libros para Catatumbo, un hijo de obreros de Cali, que amaba la literatura clásica y los ensayos de historia. Como joven activista, Catatumbo había pasado un año en Moscú para empaparse de la teoría marxista. Regresó a su país con 19 años y se unió al levantamiento armado de las FARC en 1972, al igual que su único hermano. Su hermano murió en combate en 1975, mientras que Catatumbo se aferró a la vida y a la vía de ascenso en la jerarquía fariana, hasta terminar cumpliendo un papel clave en el proceso de paz.

Catatumbo también tenía experiencia como rehén, pues fue secuestrado en 1982 por el capo de la cocaína Pablo Escobar. Se convirtió en un peón en una de las salvajes y enrevesadas historias criminales de Colombia, que en este caso comenzó cuando el grupo guerrillero M-19 secuestró a la hermana de tres de los príncipes de Escobar en su reino de la droga de Medellín. El secuestrador era amigo de Catatumbo, aunque pertenecían a dos grupos guerrilleros diferentes. Por ello, Escobar exigió al comandante de las FARC que organizara una reunión con el secuestrador y gestionara la liberación de la joven. Lo hizo y la mujer fue liberada cuando el M-19 y el cártel del narco acordaron intercambiar secuestrados. Catatumbo fue liberado y se internó de nuevo en el monte, donde continuó su lucha guerrillera.

Una de las siete hermanas de Catatumbo fue secuestrada, quince años después, por el grupo paramilitar más temido de Colombia. No era revolucionaria ni políticamente activa y probablemente fue retenida debido a la posición de su hermano en las FARC. La mataron a machete y la arrojaron a una fosa común.

Pablo Catatumbo pertenecía a la máxima dirección de las FARC y era la mano derecha de Alfonso Cano. A través de Catatumbo, Henry Acosta tuvo acceso al líder de las FARC una vez se conoció con el alto comisionado para la paz en el 2009. A principios del verano de ese mismo año, Acosta se convirtió en el mensajero de la correspondencia secreta entre Alfonso Cano y Frank Pearl.

Más posibilidad con el ELN

Yo sabía que Pearl tenía contacto con la cúpula de las FARC, pero no sabía cómo sucedía. En todo caso, tanto a él como a mí nos parecía más realista iniciar un proceso de paz con el ELN. En septiembre del 2009, Pearl envió una carta a la dirección del ELN sugiriendo que Noruega se convirtiera en facilitador de dicho proceso y que las partes se reunieran en Noruega para unas conversaciones preliminares. Pearl, Eder y yo hablamos sobre cómo podría organizarse una primera reunión en un plazo de seis meses. Discutimos cómo Cuéllar podría ser transportado de la prisión de Medellín a Noruega; una de las ideas era recogerlo con el pretexto de que necesitaba tratamiento médico.

Ese otoño⁴⁸, tuve reuniones con el Departamento de Estado en Washington D. C., y se supo que el nuevo presidente de Estados Unidos, Barack Obama, había cuestionado la amplia ayuda a Colombia. Diez años antes, Estados Unidos había creado un paquete de ayuda llamado Plan Colombia, destinado a combatir la producción de drogas y los levantamientos armados. El plan convirtió a Colombia en el tercer mayor receptor de ayuda de Estados Unidos, después de Israel y Egipto. No se trataba de la ayuda en el sentido que le otorgamos en Noruega —es decir, ayuda con carácter humanitario—, sino más bien de aviones de vigilancia, helicópteros, sistemas de radar y otros equipos militares. El Departamento de Estado creía que la estrategia de derrotar militarmente a los grupos guerrilleros debía ser reconsiderada. Como me señaló una de las personas con las que hablé, si los líderes guerrilleros eran asesinados aparecería siempre alguien más. Estados Unidos daba señales a las autoridades de Bogotá de que podían contar con el apoyo estadounidense para un proceso de paz.

Comencé a identificar pistas de aterrizaje en las selvas de Colombia que fueran lo suficientemente largas como para aterrizar un avión que pudiera llevar a los líderes del ELN hasta el aeropuerto de Oslo-Gardermoen. Al principio, Cuéllar y los otros altos dirigentes no estaban muy interesados en ir a Noruega para reunirse con el Gobierno de Colombia; de hecho, no querían ir a Europa en absoluto. ¿Y Brasil? ¿Venezuela? ¿O una de las islas caribeñas de los Países Bajos? El ELN estaba en la lista de terroristas de Estados Unidos, y transportar a los líderes guerrilleros a través de fronteras era una operación exigente. Pero

el canciller Støre dio luz verde para seguir planificando que fuéramos la sede de una reunión entre el ELN y el Gobierno colombiano.

Para Noruega, se trataba de evitar el papel de observador pasivo como en las conversaciones de La Habana del 2005 al 2007, cuando los países garantes dependían de la voluntad de las partes para compartir información. Le dejé claro al alto comisionado Pearl y a Cuéllar, del ELN, que, en el caso de que Noruega se convirtiera en facilitador, los diplomáticos noruegos debían tener contacto directo con ambas partes, y que el contacto con una de las partes no podía estar condicionado al permiso de la otra. También fue un requisito previo que las negociaciones fueran secretas y que se permitiera a Noruega actuar de manera independiente e imparcial. Pero el ELN se echó para atrás en la primavera del 2010. A medida que se acercaban las elecciones presidenciales, la guerrilla se mostraba cada vez más reacia a negociar con un Gobierno que estaba a punto de terminar su mandato.

Rebelión en la cárcel

El 5 de mayo del 2010 hice un último intento de llevar al ELN a la mesa de negociaciones antes de la primera vuelta de las elecciones presidenciales que sucederían veinticinco días después. Durante otra de las tantas visitas a la cárcel de Medellín con chocolatina noruega y café fuerte con Cuéllar, observé poca disposición al diálogo sobre la mesa de plástico en el patio donde estábamos sentados. De repente, estalló un largo tiroteo: evidentemente estaba ocurriendo algo dentro de la prisión. “Tienes que salir”, me gritaron los guardias, mientras le decían a Cuéllar que entrara a su celda. Yo no estaba dispuesto a atravesar el gran patio frente al edificio principal donde se estaba llevando a cabo el tiroteo, e insistí en quedarme. Prefería estar encerrado con Cuéllar. Nos permitieron quedarnos sentados en el patio, y entendí que había un motín de los reclusos en la penitenciaría. Cuéllar se lo tomó con calma y se limitó a afirmar que era natural que ocurriera; “por supuesto que hay armas entre los reclusos”, dijo el vocero del ELN.

El NMFA no reaccionó tan relajadamente con este incidente. En todas las visitas posteriores tuve que reportarme a Oslo tanto al entrar como al salir de la prisión.

Las conversaciones con el ELN hasta el verano del 2010 fueron infructuosas. Cuando Juan Manuel Santos fue elegido presidente, el 20 de junio, me preocupaba que los esfuerzos para poner fin al conflicto de Colombia en una mesa de negociaciones se detuvieran por completo. Santos nunca había hablado de diálogo con grupos guerrilleros durante la campaña electoral ni de la posibilidad de un proceso de paz⁴⁹. Pero una vez se posesionó, el implacable ex ministro de Defensa mostró una nueva faceta.

DE AVE RAPAZ
A PALOMA DE LA PAZ

Los hechos narrados en este capítulo se relatan con la ayuda de conversaciones con Luz Marina Bernal (Bogotá, 23 de febrero del 2022); Sergio Jaramillo (Bruselas, 19 y 20 de mayo del 2022); Frank Pearl (23 de noviembre del 2021); Alejandro Eder (1.º de abril y 9 de mayo del 2022); Juan Manuel Santos (Bogotá, 23 de noviembre y 25 de noviembre del 2021); Tanja Nijmeijer (9 de agosto del 2022); Mauricio Jaramillo, el Médico (4 de agosto del 2022), y Pablo Catatumbo (Bogotá, 8 de agosto del 2022).

JUAN MANUEL SANTOS FUE ELEGIDO presidente de Colombia con una clara mayoría de dos tercios de los votos, y no había duda de por qué había salido victorioso: como ministro de Defensa del presidente Uribe, había librado una lucha despiadada y eficaz contra los grupos guerrilleros y los carteles del narcotráfico. Ahora Santos recibía el mandato de continuar la línea dura y aplastar a los enemigos del Estado por la fuerza armada, según sus promesas en la campaña electoral.

Sin embargo, en su discurso inaugural del 7 de agosto del 2010, el nuevo presidente dijo que “la puerta del diálogo no está cerrada con llave”. Santos habló durante una hora portando una amplia cinta en el pecho con los colores de la nación: amarillo, azul y rojo. Cinco mil invitados estuvieron presentes en la Plaza Bolívar de Bogotá, donde milagrosamente no llovió en todo el día. En el escenario se sentaron sus predecesores; Álvaro Uribe, el más cercano. Santos elogió a su exjefe, quien, a pesar de la corrupción y varios escándalos, terminó sus ocho años en la presidencia con altos índices de popularidad. Uribe había generado esperanza y preparado el camino para un nuevo comienzo en Colombia, señaló Santos. Ahora Santos quería aprovechar lo logrado por Uribe y continuar la lucha contra los grupos armados ilegales. Pero también anunció esfuerzos en nuevos frentes, contra la pobreza, la desigualdad y el desempleo.

Una familia poderosa

Santos fue, en muchos sentidos, criado para ser presidente, una posición que su tío abuelo Eduardo Santos había ocupado siete décadas antes. Juan Manuel era uno de cuatro hermanos de una familia privilegiada de Bogotá. Nacieron en un ambiente donde era natural tener poder y ejercerlo. Asistieron a escuelas privadas, estudiaron en el extranjero y consiguieron trabajos influyentes a una edad temprana.

Unos pocos clanes de familias poderosas han dominado la vida política de Colombia desde que se independizaron del poder colonial español, hace más de doscientos años. No importaba mucho si pertenecían al Partido Liberal o al Partido Conservador: el poder siempre se ejercía para el bien de la cerrada cofradía en la cima de la pirámide social, a la que la mayoría de la población nunca podía acceder. La élite tenía, y sigue teniendo, dos centros de gravedad. Uno está con los grandes terratenientes; el otro, con la clase alta en las ciudades⁵⁰. Los presidentes Uribe y Santos representan cada uno de estos centros de gravedad. La familia de Uribe se hizo a grandes extensiones de tierra, mientras que, durante un siglo, la familia Santos fue propietaria del periódico más importante de Colombia, *El Tiempo*.

Santos se formó como economista en Kansas y en Londres y obtuvo su segunda maestría en administración pública en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos. En 1981, después de diez años en el extranjero, regresó para ocupar un puesto directivo en *El Tiempo*. El periodismo era su pasión, según el propio Santos, por lo que sufrió una gran angustia cuando le pidieron que se uniera al Gobierno en 1991^[51]. Terminó por aceptar el cargo del primer ministro de Comercio Exterior en la historia de Colombia. Una de sus tareas más importantes fue proporcionar la tan necesitada inversión extranjera en el país. El problema era que los inversionistas no querían apostarle a un país devastado por la guerra. “El capital no es amigo de la guerra”, le dijo un líder de la industria en una conferencia en Nueva York. Como la mayoría de los colombianos, Santos estaba tan acostumbrado a la violencia y al conflicto armado que no pensaba en cómo se percibía a Colombia en el extranjero. El comentario le hizo entender que si Colombia quería convertirse en una sociedad moderna y próspera, el conflicto armado tenía que terminar⁵².

Al final de su mandato como ministro de Comercio Exterior, Santos inició varios intentos de diálogo con las FARC, el ELN y los grupos paramilitares. Apoyó a Gabriel García Márquez y llevó a cabo una diplomacia de paz *freelance* sin informar a nadie en las oficinas gubernamentales. Se reunió con varios de los líderes de las FARC y el ELN, pero el diálogo no llegó a ninguna parte. Luego las autoridades iniciaron negociaciones de paz con las FARC en San Vicente del Caguán, un proceso que Santos criticó. A su juicio, el presidente Pastrana dejó que las FARC decidieran en exceso el marco de las negociaciones y él no quería involucrarse en ellas.

Santos, en cambio, se convirtió entonces en ministro de Hacienda en agosto del 2000, con la ambición de salvar la economía colombiana. Recibió ayuda de Washington, donde los políticos acababan de aprobar el Plan Colombia, que abrió el grifo de una amplia ayuda militar de Estados Unidos. El plan encajaba

bien con la constatación del ministro de Hacienda de que el Ejército colombiano necesitaba fortalecerse. De lo contrario, “no sería posible llevar a la guerrilla a la convicción de que no podían tomarse el poder por las armas”, escribió Santos dos décadas después⁵³.

Un ministro de Defensa implacable

Poco tiempo después de que Santos fuera nombrado ministro de Defensa, en el 2006, llegué a Bogotá. En ese momento, no había señales de que el ministerio más importante de Colombia estuviera encabezado por un futuro premio nobel de la paz, sino todo lo contrario. Durante una ceremonia en un batallón de Bogotá, observé a Santos gritando por el micrófono en la plaza de armas y parecía bastante colérico. Personificaba la lucha intransigente del Gobierno de Uribe contra la guerrilla. Cuando me reuní con él en enero del 2007, Santos admitió que el Gobierno estaba dispuesto a negociar con las FARC, pero agregó que era imposible aceptar los términos de diálogo de la guerrilla.

Durante tres años como ministro de Defensa, Santos lideró la ofensiva armada más intensa y exitosa contra las FARC y el ELN durante toda la guerra. Con el apoyo y el entrenamiento de las agencias de inteligencia de Estados Unidos, Gran Bretaña e Israel, mejoró la capacidad de recopilar, coordinar y utilizar información sobre los movimientos de las guerrillas. Gracias a la ayuda armamentística de los Estados Unidos, aumentó el poder de las fuerzas militares hasta poner a las FARC y al ELN a la defensiva. Varios miles de guerrilleros habrían sido dados de baja, y los militares mataron a varios de los principales comandantes⁵⁴.

Las FARC fueron particularmente golpeadas en marzo del 2008. El mes comenzó con la baja de Raúl Reyes, uno de los comandantes que ocho años antes había estado de visita en Noruega. Reyes era el vocero internacional y miembro del Secretariado, el grupo en la cúspide de la jerarquía fariana, que tomaba todas las decisiones importantes. Fue abatido por un misil guiado desde un avión militar mientras dormía en el búnker de un campamento guerrillero. Después del ataque aéreo, las tropas de las fuerzas especiales se trasladaron al campamento, donde se apoderaron de varias computadoras y se llevaron el cuerpo para documentar la baja. El propio Santos dio la orden de atacar, a pesar de que Reyes se encontraba 1800 metros al interior del territorio ecuatoriano. El presidente vecino, Rafael Correa, estaba furioso porque el Ejército colombiano había violado la soberanía de Ecuador y en consecuencia rompió todas las relaciones diplomáticas con Colombia⁵⁵.

Dos noches después, fue abatido otro miembro del secretariado, Iván Ríos, también mientras dormía. Fue dado de baja a tiros por su propio guardaespaldas.

Este le cortó la mano, la envolvió en una toalla y la llevó como evidencia a los militares cuando fue a entregarse⁵⁶. El líder de las FARC, Manuel Marulanda, había perdido a dos de sus comandantes más importantes y estaba bajo una tremenda presión por parte de Santos y de todo el Ejército colombiano. Durante sesenta años había liderado levantamientos armados contra el Estado y había sido víctima de numerosos atentados. Murió a finales de marzo, de un ataque cardíaco, a sus 77 años.

El líder campesino fue reemplazado por Alfonso Cano, un radical de clase alta de Bogotá, que se convirtió en un devoto marxista mientras estudiaba antropología social en la universidad. Se había unido a las filas farianas a finales de la década de 1970 y con el tiempo se convirtió en el principal ideólogo del movimiento revolucionario y en un importante estratega militar. Las FARC eligieron a su nuevo líder de acuerdo con el principio de antigüedad: cuando Marulanda murió, Cano asumió el mando, al ser el miembro más antiguo del Secretariado⁵⁷.

Cano y las FARC fueron humillados el 2 de julio del 2008, cuando los militares lograron liberar a Ingrid Betancourt y a otros catorce secuestrados en la operación Jaque. La arriesgada misión de rescate fue el mayor triunfo de Santos: una demostración de fuerza que generó esperanzas de que las FARC podrían ser aplastadas y aniquiladas. La operación militar ayudó a la fama de Santos, y cuando la presidencia de Uribe se acercaba a su fin, era un candidato natural para asumir el cargo. Santos dejó el Gobierno en mayo del 2009 para preparar su campaña a la presidencia al año siguiente. Había sido el líder de varios triunfos, pero también era el ministro responsable de los escándalos de las Fuerzas Armadas colombianas. El peor de ellos se trataba de los *falsos positivos*.

Desapariciones en Soacha

Fair Leonardo Porras provenía del municipio Soacha en las afueras de Bogotá. Él era un niño de 8 años en el cuerpo de un hombre de 26 años. Su madre había sido atropellada por un carro a los cinco meses de embarazo, y el feto sufrió lesiones que marcaron para siempre la vida del niño. Nunca aprendió a leer ni a escribir, y nunca entendió el valor de un billete. Era un hombre bien parecido, sin signos visibles de estar mentalmente discapacitado. Porras era un ser humano adorable que todos los días le regalaba una rosa a su madre, Luz Marina Bernal.

Porras desapareció el 8 de enero del 2008. Ese día, su hermano mayor le había pedido que lo acompañara a su trabajo, pero Porras se negó, diciendo que tenía una cita con un amigo. Luego desapareció sin dejar rastro. Sus padres acudieron primero a la Policía y luego a la Fiscalía, donde hicieron la denuncia de su desaparición. Buscaron en las calles, en los hospitales y en la morgue de Soacha.

No supieron nada hasta que, ocho meses después, un médico llamó de la morgue para decir que Porras había sido encontrado cerca de la ciudad de Ocaña, en el norte de Colombia, a quince horas en bus de Soacha. Había sido asesinado junto con otras veintinueve personas y colocado en una fosa común. Bernal identificó a su hijo en fotos tomadas inmediatamente después del asesinato. Había recibido trece disparos, dos de los cuales le habían destrozado la mandíbula y destruido la mitad de la cara.

Bernal fue a Ocaña a recuperar el cuerpo. Pidió prestada una gran suma de dinero para transportar a Porras a su casa para un entierro digno. Ella se presentó en la Fiscalía en Ocaña y solicitó la entrega de su hijo. “¿Así que vas a recoger al líder del grupo que estaba dedicado al narcoterrorismo?”, le dijo el funcionario que leía el informe militar sobre el asesinato. Allí decía que Porras murió en combate el 12 de enero del 2008 y que se encontraba armado.

Horrorizada, Bernal se dio cuenta de que su hijo había sido ejecutado por los militares. Explicó que Porras era discapacitado y no podía haberse convertido en líder de una banda criminal en cuatro días. Ella había pensado en las Fuerzas Armadas de Colombia como los héroes del país y los guardianes de la paz hasta ese oscuro día de septiembre. Pero no, los militares mataron a su hijo e inventaron una acusación contra él que ella sabía que no era cierta.

Técnicos de la Fiscalía exhumaron los cuerpos de Porras y de otros tres jóvenes que yacían en la misma fosa, pero, mientras los trabajos estaban en marcha, apareció un grupo de militares para detener la operación. Apuraron a los técnicos y le entregaron un cuerpo a las carreras a Bernal. Más tarde descubrió que el cuerpo que se llevó de vuelta a Soacha no era el de su hijo. Fair Leonardo Porras permaneció en la fosa común de Ocaña.

Los falsos positivos

El hijo discapacitado de Bernal fue uno de los al menos 6400 civiles inocentes asesinados por el Ejército colombiano haciéndolos pasar por guerrilleros o delincuentes paramilitares⁵⁸. Los asesinatos fueron el resultado de un sistema militar que recompensaba a los soldados de acuerdo a la cantidad de enemigos del Estado que lograban matar. Cuantas más personas murieran, mayor se hacía la oportunidad de ascender, obtener un salario más alto, más vacaciones o atractivas becas de estudio en el extranjero.

El esquema fue introducido en Colombia en la década de 1980 con el fin de facilitar la acción en la lucha armada contra los grupos guerrilleros. Pero en la década del 2000, el esquema fue explotado y sistematizado de una manera grotesca: las unidades militares, o los civiles que actuaban con su connivencia,

buscaban y atraían personas jóvenes con promesas de un trabajo bien remunerado, y luego los enviaban a zonas remotas, donde eran asesinados. Se vestía a los cuerpos con uniformes guerrilleros y los fotografiaban, y posteriormente en los informes se aseguraba que habían muerto en combate.

Los ejecutados son conocidos como “falsos positivos” y fueron declarados por los militares como objetivos legítimos. En realidad, los homicidios constituyeron un crimen de guerra: una violación de la prohibición del derecho internacional humanitario a los ataques selectivos contra civiles durante un conflicto armado. Al comienzo, las víctimas solían ser jóvenes pobres del campo, y los asesinatos continuaron sin ninguna atención mediática. En el “año pico” del 2007, fueron asesinados 1278 de estos falsos positivos. Para entonces, el reclutamiento se había extendido a las ciudades, incluidos los suburbios y los barrios pobres de Bogotá. En Soacha operaba un reclutador civil, que seleccionaba a los jóvenes que podrían ser tentados por promesas de trabajo y buen dinero en otra parte del país: había muchos en esta ciudad suburbana de rápido crecimiento, donde los niveles de educación son bajos y la lucha por conseguir un trabajo es feroz.

A finales del verano del 2008, los medios de comunicación colombianos comenzaron a escribir sobre los jóvenes desaparecidos de Soacha⁵⁹. Descubrieron varios asesinatos y hubo muchos indicios de que el Ejército estaba detrás de ellos. No obstante, el presidente Uribe siguió afirmando que los hombres asesinados eran delincuentes y que los militares no se habían equivocado⁶⁰. Sin embargo, el ministro de Defensa, Juan Manuel Santos, nombró una comisión para llevar a cabo una investigación interna sobre lo sucedido⁶¹. La comisión confirmó lo que decían los informes de la prensa: las Fuerzas Armadas colombianas estaban detrás de un escándalo sin parangón.

Uribe se vio obligado a reconocer que “en algunos casos no se siguieron los procedimientos, lo que ha llevado a algunos [miembros de las fuerzas militares] a cometer actos criminales”⁶². Santos, su ministro de Defensa, destituyó a veintisiete oficiales del Ejército, entre ellos tres generales. Varias cabezas rodaron en los meses siguientes, y algunos incluso optaron por renunciar. Uno de ellos fue el jefe del Ejército, Mario Montoya, quien había estado a cargo de la astuta operación Jaque. Fue él quien recibió a Ingrid Betancourt cuando desembarcó del helicóptero de rescate en la pista de San José del Guaviare. Montoya recibió las gracias de los secuestrados y “mis compañeros bailaron a su alrededor, agitando sus pañuelos en el aire”, escribió Betancourt sobre su encuentro con el jefe del Ejército⁶³. Cuatro meses después, Montoya renunció debido al escándalo de los falsos positivos⁶⁴.

El juicio

El asesinato de Porras provocó que su madre, Luz Marina Bernal, se convirtiera en activista. Por cuarenta y ocho años había vivido ajena al conflicto armado en su tierra natal. No había sido consciente de las desapariciones, torturas, asesinatos, violaciones ni de todos los desplazados a causa del conflicto. Entonces se familiarizó con las convenciones internacionales de derechos humanos que Colombia está obligada a cumplir, y organizó a las mujeres que habían sufrido las mismas injusticias que ella. “Las madres de Soacha” salieron a marchar todos los meses en el centro del municipio, exigiendo que se investigaran los asesinatos de sus hijos y se castigara a los culpables.

Las madres recibieron mucha atención en los medios de comunicación colombianos e internacionales, y recibieron el apoyo de Amnistía Internacional y de la ONU. Pero el activismo tuvo un precio muy alto: Bernal recibió amenazas de muerte y tuvo que esconderse. Para el 2009 ya no podía vivir con los tres hijos que le quedaban. Sus domicilios eran secretos y nunca permanecía por mucho tiempo en cada lugar. Las amenazas no eran vacías: activistas de derechos humanos en Colombia han sido —y siguen siendo— asesinados masivamente⁶⁵.

Bernal no se dejó intimidar y comenzó un prolongado proceso legal para llevar a los asesinos de su hijo ante la justicia. El asesinato de Porras fue uno de los primeros casos de falsos positivos que se presentaron ante la corte. La sentencia se dictó tras varios años en los tribunales, el 30 de julio del 2013. El fingido “amigo” de Porras, Alexander Carretero, y seis militares fueron condenados a largas penas de prisión por matar al joven en condición de discapacidad en un enfrentamiento armado ficticio.

Filósofo a la obra

El viceministro de Defensa, Sergio Jaramillo, ya trabajaba en el proceso de saneamiento de la desgastada moral de las fuerzas militares colombianas cuando se hizo público el escándalo de los falsos positivos. Jaramillo es la encarnación de la élite clásica colombiana. Su tatarabuelo fue el segundo presidente del país, quien a su vez era hijo del fundador del Partido Conservador de Colombia, en 1849. Su tío abuelo fue embajador y rescató judíos de la Alemania gobernada por los nazis justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Por generaciones, la familia ha formado escritores y filósofos, además de actores sociales influyentes. Sergio Jaramillo nació en 1966 y superó a todos sus parientes en ingenio y conocimiento. Estudió filosofía e idiomas en prestigiosas universidades de Toronto, Oxford, Cambridge y Heidelberg, habla seis idiomas además de tener un doctorado en griego antiguo. Pero, a diferencia del cadete de marina Santos,

nunca había usado uniforme de soldado. Aparentemente era un extraño en el Ministerio de Defensa de Colombia.

Santos y Jaramillo estaban emparentados, como suelen estarlo los miembros de la élite colombiana, pero no se conocían personalmente. Jaramillo encabezó un centro de estudios en Bogotá llamado Ideas para la Paz, y Santos lo eligió viceministro de Defensa porque consideraba que “una condición básica para un ejército victorioso es que tenga legitimidad”⁶⁶. Jaramillo desarrolló reglas de conducta éticas para las Fuerzas Armadas de Colombia de acuerdo con el derecho internacional humanitario. Fue él quien en nombre de Santos ejerció la justicia interna y expulsó a los jefes militares por el escándalo de los falsos positivos. Eso le granjeó enemigos de por vida.

A finales del 2007 me encontré con Jaramillo por primera vez. Había oído que era un viceministro de Defensa capaz, pero arrogante e inaccesible. Ambos fuimos invitados a la casa de un diplomático norteamericano para una cena de trabajo donde el tema era la lucha contra la guerrilla, y donde yo iba a compartir mis experiencias de las negociaciones con el ELN. Jaramillo llegó dos horas tarde, sin disculparse, hablando por teléfono durante la mitad de la cena. El rumor que lo había precedido parecía haber sido confirmado.

Cuando Santos renunció a su cargo en mayo del 2009, Jaramillo permaneció como viceministro durante unos meses más. Al dejar el ministerio a principios del año siguiente, escribió una columna crítica sobre el presidente Uribe y calculó que con ello estaba enterrando una posible carrera política. Ni él mismo ni otros tenían idea de que Jaramillo sería el arquitecto de un histórico acuerdo de paz que se encontraba a más de siete años en el futuro.

El traspaso

No pasaron muchas horas entre el triunfo electoral de Santos el 20 de junio del 2010 hasta que le hizo una llamada a Frank Pearl, el alto comisionado para la paz. “Frank, quiero que me pongas al día de lo que está pasando con el ELN y las FARC”, dijo el jefe de Estado entrante. “Por supuesto”, respondió Pearl, quien primero se aseguró de consultar con el presidente saliente lo que podía compartir. “Cuéntale todo”, dijo Uribe. Sabía muy bien que Pearl llevaba mucho tiempo tratando de concertar un diálogo de paz tanto con las FARC como con el ELN.

Santos se reunió con el saliente alto comisionado para la paz dos días después de su victoria electoral. Pearl le contó de la correspondencia con las FARC a través de Henry Acosta, que ya llevaba más de un año. Santos se enteró de que, tres meses antes y con la bendición de Uribe, Pearl les había propuesto a las FARC una reunión con el Gobierno en un lugar secreto de Brasil. Se habían

hecho arreglos concretos para que el Comité Internacional de la Cruz Roja transportara a los líderes guerrilleros a través de la frontera, pero las FARC se habían negado. Pearl había propuesto entonces concertar una reunión secreta en Suecia, pero la guerrilla tampoco estaba interesada en eso. Las FARC habían justificado sus rechazos argumentando que era demasiado tarde para iniciar un proceso de paz con Uribe, y preferían esperar a su sucesor.

Pearl tenía un consejo claro para el presidente electo: si Santos no reparaba las relaciones con el líder venezolano Hugo Chávez, nunca habría un proceso de paz en Colombia. Chávez tenía tal influencia sobre los líderes del ELN y las FARC que tenía en su mano la llave de su voluntad —y capacidad— de negociar, pero en el verano del 2010 las relaciones entre los países vecinos estaban en su punto más bajo. Las autoridades de Bogotá estaban hartas de que las FARC y el ELN pudieran planear ataques en Colombia desde bases en el territorio de Venezuela, permitidos por el socialista Chávez, quien simpatizaba con los objetivos políticos de las guerrillas. Las recriminaciones mutuas al otro a través de la frontera llevaron a Chávez a romper relaciones diplomáticas con Colombia, y no había perspectivas de mejora con un nuevo presidente. Santos había escrito que Chávez era un tirano populista, y el líder de Venezuela había afirmado que “si Juan Manuel Santos es presidente, puede haber una guerra en la región”⁶⁷.

Aun así, Santos le envió un mensaje conciliador a través de un mediador, y Chávez respondió positivamente. Tres días después de la posesión de Santos se reunieron en un terreno histórico en la ciudad caribeña de Santa Marta. Ahí murió de tuberculosis el héroe libertador Simón Bolívar en diciembre de 1830. Pasó sus últimos días como huésped de un rico productor azucarero en Santa Marta, y la finca donde murió, que ahora es un museo, fue el escenario del primer encuentro entre los jefes de Estado Santos y Chávez.

El presidente de Venezuela lucía una llamativa chaqueta deportiva en amarillo, rojo y azul cuando llegó a Santa Marta. Las banderas de los dos países tienen el mismo origen en una bandera que fue diseñada durante su lucha conjunta de liberación contra los españoles. Hoy en día, la bandera de Colombia tiene tres franjas horizontales, donde la parte superior amarilla es del mismo tamaño que la roja y la azul combinadas. Las franjas de Venezuela son iguales, pero están adornadas con ocho estrellas, que representan las ocho provincias del país, así como un escudo de armas, con un caballo corriendo en la esquina superior izquierda. El caballo solía correr hacia la derecha, pero cuando Chávez llegó a la presidencia, giró el caballo para que corriera hacia la izquierda.

En su camino desde el aeropuerto hasta el museo, Chávez se tomó su tiempo para saludar a la gente y hablar ante las cámaras de televisión. Declaró que se alegró mucho al encontrarse con el nuevo presidente, “y mucho más hoy, un

día muy especial para él, cuando está cumpliendo 49 años”. Era cierto que era el cumpleaños de Santos, pero Chávez se equivocó por diez años. “¡a raíz de su afirmación mi señora me va a exigir mucho más!”, dijo Santos mientras se saludaban con grandes carcajadas. “Con humor rompimos el hielo y así mantuvimos una relación cordial hasta su último día, a pesar de que éramos como el agua y el aceite”, escribió Santos⁶⁸. Pearl tenía razón, durante los dos años siguientes Chávez desempeñó un papel decisivo en el proceso de paz colombiano.

La correspondencia

Henry Acosta estaba listo para nuevas misiones como mensajero secreto del presidente electo. En julio del 2010, escribió una carta a Santos, en la que dio cuenta de su rol como mensajero entre las FARC y el Gobierno de Uribe⁶⁹. Ahora consideraba que había buenas condiciones para poner fin al conflicto armado, e instó a Santos a entablar negociaciones políticas y ofrecer dignidad, igualdad y justicia social a la contraparte.

Santos reconocía que la diferencia entre ricos y pobres en Colombia era inaceptable. Sabía que las demandas de las FARC y el ELN por una distribución más justa de la tierra y mejores servicios sociales para el pueblo eran legítimas, y simpatizaba con algunas de sus causas. También sabía que sin reformas integrales y un esfuerzo del Gobierno para mejorar las condiciones de vida en el campo, siempre sería fácil movilizar personas para la lucha armada contra la injusticia en Colombia. De hecho, las FARC habían sido obligadas a retroceder bajo el Gobierno de Uribe, pero Santos se dio cuenta de que las guerrillas no podían ser aplastadas militarmente, así como tampoco lograrían tomar el poder central. Por ende estaba dispuesto a ir más lejos que cualquiera de sus predecesores a la hora de negociar, no solo negociaría la dejación de armas, sino también grandes transformaciones sociales.

Sin embargo, al abrir la puerta a reformas como la redistribución de la tierra, Santos corría el riesgo de enemistarse con poderosas fuerzas opositoras. Él estaba entonces decidido a que todo contacto con las FARC tenía que ser en secreto. Los votantes no le habían dado un mandato para negociar con la guerrilla. Se despertarían grandes protestas si se supiera que estaba iniciando conversaciones de paz, y no podía permitirse fracasar. La exigencia de absoluta confidencialidad era también un método para poner a prueba la voluntad de negociación de las FARC. Si la guerrilla filtraba información sobre el diálogo, como lo había hecho tantas veces en anteriores ocasiones, cesaría todo contacto. Santos no repetiría el error del proceso de El Caguán, donde hubo más postureo frente a las cámaras que movimiento en las negociaciones.

Un puñado de los colaboradores más allegados al nuevo presidente fueron orientados de los planes de acercamiento a las FARC. El más importante de ellos era Sergio Jaramillo, quien fue nombrado asesor de seguridad nacional. También se le asignó la cartera de alto comisionado para la paz, pero este puesto estuvo oficialmente vacante durante los dos primeros años de Santos. El presidente quería evitar crear expectativas de paz al tener un alto comisionado para la paz que aparentemente no tenía nada que hacer.

Frank Pearl se mudó a Estados Unidos con su familia para estudiar un año en la Universidad de Harvard, pero Santos le pidió que estuviera a la espera de misiones secretas durante su período de estudio. Antes de partir, Pearl recomendó que Alejandro Eder asumiera el cargo de jefe de la Oficina de Reintegración. A sus 34 años, Eder lo sabía todo sobre el diálogo con el ELN y las FARC bajo el Gobierno de Uribe, señaló Pearl, y era quien se había hecho cargo del archivo de paz que yo había ayudado a crear. El archivo estaba guardado en cuatro cajas de cartón debajo de la cama de Eder en su casa en Bogotá, a la espera de las decisiones del nuevo presidente. Eder le entregó las cajas a Santos y a Jaramillo, y a partir de septiembre del 2010 se involucró en los esfuerzos secretos para iniciar el diálogo con la insurgencia más grande del país⁷⁰.

Fue el propio presidente quien dio los primeros pasos para iniciar un proceso de paz. A finales de agosto del 2010, llamó a Henry Acosta. Era inusual que el presidente lo contactara directamente a él para invitarlo a una reunión, por lo que Acosta pensó que alguien le estaba haciendo una inocentada. Para asegurarse y verificarlo, su esposa, Julieta, llamó a la oficina de Santos a confirmar el acuerdo⁷¹. El 6 de septiembre, Acosta llegó al neoclásico palacio presidencial en Bogotá, donde él y Santos hablaron durante dos horas sobre las perspectivas de un proceso de paz exitoso. Santos era consciente de que a los ojos de las FARC él representaba a la élite de poder contra la que la guerrilla había luchado durante cincuenta años, y que como ministro de Defensa se había convertido en su peor enemigo. Ahora Santos quería demostrarles que se tomaba en serio sus acercamientos al diálogo. Envío un mensaje verbal con Acosta a la cúpula de las FARC, diciendo que “quiero construir la paz con ustedes y les propongo que comencemos con una reunión secreta”. Podría realizarse en Brasil o en Suecia, notificó el presidente⁷². Acosta anotó el mensaje de Santos y se lo entregó a Pablo Catatumbo una semana después.

Se hizo silencio en la selva. Pasaron más de cinco semanas antes de que Pablo Catatumbo respondiera a la propuesta de Santos. Mientras tanto, la guerra continuaba con todo fervor.

La baja del Mono Jojoy

El comandante más temido de las FARC, el Mono Jojoy, había convocado a una reunión de líderes del poderoso Bloque Oriental de la guerrilla en septiembre del 2010^[73]. Doce comandantes y hasta tres mil guerrilleros se reunieron en la Sierra de la Macarena, en el departamento del Meta, donde las llanuras se funden con la selva amazónica. Ingrid Betancourt había permanecido secuestrada en esta zona, donde se habían librado innumerables batallas entre guerrilleros y militares. El Mono Jojoy era un brillante estratega militar, que había infligido grandes pérdidas al Ejército colombiano. Era implacable con los civiles y los secuestrados que intentaban resistirse, y a menudo forjaba alianzas con bandas criminales y policías corruptos. Los militares lo habían perseguido durante tres décadas, pero el Mono Jojoy siempre escapaba, siempre estaba en movimiento, protegido por varios círculos de leales guardaespaldas.

Una de sus guardaespaldas era Tanja Nijmeijer, una holandesa joven de Denekamp, que con 20 años había llegado a Colombia como profesora de inglés y estudiante de español en 1998^[74]. La joven se interesaba por el arte y la literatura, no por la política, pero seguía las noticias por televisión sobre los constantes ataques de la guerrilla. Le dijeron que eran llevados a cabo por personas nefastas y que ella debía tener cuidado de no ser secuestrada, pero una colega que también era maestra la llevó a los barrios pobres y le explicó que la guerrilla estaba luchando por los desfavorecidos y oprimidos del país. Al cabo de un año, Nijmeijer se había convertido en una revolucionaria. Se unió a la Internacional Socialista y pasó los siguientes dos años como estudiante en los Países Bajos luchando por un mundo más justo.

Su lucha no dio frutos visibles y Nijmeijer llegó entonces a la conclusión de que el cambio necesario en el mundo no vendría de los Países Bajos. En su lugar, depositó sus esperanzas en las FARC: la guerrilla más grande del planeta. Las FARC revolucionarían a Colombia y desde allí la sublevación se extendería a toda América Latina y luego al resto del mundo, pensó la joven idealista. Regresó a Colombia y reanudó el contacto con su colega docente, que resultó ser miembro de la milicia fariana en Bogotá. La colega recomendó a la extranjera ante los jefes guerrilleros y en el 2003 Nijmeijer desapareció, internándose en la selva. Pasarían nueve años antes de regresar a una ciudad.

Tanja Nijmeijer estuvo enseñando inglés a guerrilleros por unos meses antes de recibir entrenamiento con armas y convertirse en fariana de pura sangre. Participó en batallas contra las fuerzas del Ejército y sobrevivió a los bombardeos aéreos, que se hicieron cada vez más fuertes y frecuentes después de que Uribe asumiera la presidencia en el 2002.

Los combates se convirtieron en hábito, para eso habían sido entrenados. Además, los guerrilleros solían tener ventaja, porque conocían mejor el terreno. Pero Nijmeijer nunca se acostumbró a las bombas: llegaban inesperadamente, eran aterradoras y las FARC no tenía misiles tierra-aire con que protegerse.

Pasados unos meses, Nijmeijer se hizo novia del sobrino del Mono Jojoy, y al cabo de unos años se convirtió en parte de la renombrada guardia de seguridad del reputado comandante. Siempre llevaba un fusil M16, un arma de fabricación estadounidense que las FARC habían decomisado al Ejército colombiano o comprado a funcionarios corruptos. El Mono Jojoy enviaba regularmente a Tanja a diferentes unidades guerrilleras para enseñar marxismo, filosofía, reforma agraria y el programa político de las FARC, pero durante la mayor parte del año hacía parte de la fuerza que se aseguraba de que el Mono Jojoy no fuera dado de baja.

El Mono Jojoy tenía 57 años y diabetes. Tomaba grandes dosis de analgésicos debido a la inflamación del nervio ciático en la parte posterior del muslo, y reunió a sus comandantes y a la guerrillerada en la provincia del Meta en el otoño del 2010. Había tenido que sentarse a descansar cada diez metros en los días previos, cuando su unidad se desplazaba a pie de un campamento a otro. No parecía importarle toda la actividad militar en el aire, ni que el reunir a tantos guerrilleros en un solo lugar, muchos equipados con computadoras y teléfonos móviles, los hiciera vulnerables a la intervención de sus comunicaciones y los ataques.

La reunión tuvo lugar en un campamento donde el dormitorio del Mono Jojoy era un búnker de aproximadamente 25 metros cuadrados a 2 metros bajo tierra. Sobre el búnker había tabloncillos cubiertos de tierra y encima de los tabloncillos habían improvisado una oficina con un patio alrededor. El martes 21 de septiembre, el Mono Jojoy recibió a sus comandantes en la oficina por turnos. Ellos le informaron sobre el estado de las zonas bajo su responsabilidad. Mauricio Jaramillo, el Médico, fue uno de ellos y detalló cuántos guerrilleros estaban heridos, cuántos estaban enfermos y cuántos estaban en rehabilitación. Cuando terminaron las reuniones por la tarde, el Mono Jojoy les pidió a los comandantes que llevaran sus unidades con ellos y se dispersaran en un área más grande. El Médico examinó al Mono Jojoy antes de retirarse a descansar por la noche, a unos cientos de metros de distancia.

La guardia de seguridad estaba dispersa en grupos sobre el terreno alrededor del búnker del Mono Jojoy. El equipo de guardia de Tanja Nijmeijer durmió a solo 20 metros del comandante. En algún momento entre la 1:00 y las 2:00 de la madrugada, el campamento fue atacado desde el aire. Dos aviones lanzaron bombas de precisión directamente al escondite del Mono Jojoy. La inteligencia militar había logrado identificar y sobornar al contacto habitual del comandante, quien le proporcionaba medicamentos y botas ortopédicas hechas a medida.

Esta persona había sido comprada por 5000 millones de pesos, tras lo cual la inteligencia le entregó unas botas nuevas para el Mono Jojoy con las medidas exactas del comandante fariano. Habían instalado un transmisor GPS en el talón, y así esa noche, con la ayuda del dispositivo, los militares supieron exactamente dónde bombardear⁷⁵.

Las bombas llovieron sobre toda la zona en la oscuridad de la noche, y los guerrilleros emprendieron retirada a terrenos más elevados. Después de un rato llegaron helicópteros Black Hawk con soldados descendiendo en rápel hasta el suelo. En la madrugada del miércoles 22 de septiembre, tropas del Ejército y de guerrilleros se enzarzaron en un combate cuerpo a cuerpo de matar o morir que duró varias horas. Los comandantes farianos se dieron cuenta de que el Mono Jojoy había sido abatido y en el fragor de la batalla el Médico fue designado como su sucesor. Este ordenó a los guerrilleros que se retiraran, ante las protestas de los demás de que querían continuar la lucha, pero el ataque era demasiado intenso y las pérdidas serían demasiado grandes, opinaba el Médico.

Los soldados del Ejército encontraron el cuerpo del Mono Jojoy entre los restos del búnker y se lo llevaron a Bogotá. Además del comandante, ocho guerrilleros murieron, pero Nijmeijer sobrevivió. Se le ordenó ingresar a otro bloque de las FARC, en otra parte del país. Pasó los siguientes seis meses marchando de sur a norte a través de bosques inhóspitos y naturaleza inexplorada, hasta que llegó a la zona fronteriza con Venezuela, donde yo llegué a conocerla unos años más tarde⁷⁶.

Santos estaba en Nueva York en la reunión anual de los principales líderes del mundo en la ONU cuando fue dado de baja el Mono Jojoy. Afuera del edificio de la ONU en Manhattan, Santos anunció la noticia a la prensa mundial, y al día siguiente fue felicitado por el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, cuando ambos se reunieron por primera vez. Santos no informó al nobel de paz Obama de la invitación que él había enviado a las FARC tres semanas antes para reunirse en conversaciones de paz. Después de la muerte de Jojoy no era seguro que el resto de la cúpula fariana aceptara la propuesta.

Sin embargo, el 15 de octubre, Acosta llegó al palacio presidencial con la respuesta de Catatumbo, donde el comandante declaró que la guerrilla seguía dispuesta a buscar una solución política al conflicto, a pesar de la pérdida de “su buen amigo”, pero un primer encuentro en el extranjero estaba descartado. La cúpula de las FARC quería que se realizara del lado colombiano, en la frontera con Venezuela⁷⁷.

Varios mensajes se intercambiaron entre Santos y el Secretariado de las FARC en los meses siguientes. Todo se transmitió por papel. Se excluyó el uso de teléfono, correo electrónico o memorias USB y las cartas de Santos nunca

fueron firmadas ni escritas con el membrete oficial del presidente. En caso de una filtración podría rechazar más fácilmente la veracidad de un mensaje escrito en una hoja de papel sin membrete. Con excepción de la primera carta, que Acosta escribió por su cuenta, fue Sergio Jaramillo quien editó todos los mensajes que iban del presidente a los líderes de las FARC Cano y Catatumbo. Después de cada reunión con el presidente, Jaramillo y Acosta solían retirarse a una habitación anónima de un hotel en Bogotá para crear una versión escrita de lo que Santos había dicho. Jaramillo tuvo que pedirle a unos conocidos que reservaran y pagaran las habitaciones de hotel porque como asesor de seguridad nacional él no podía dejar rastro de las reuniones con un mensajero de las FARC.

Durante un año y medio, esta correspondencia análoga con Acosta como mensajero fue el canal más importante de comunicación entre la oficina del presidente y las FARC. Fue usada para acordar la hora, el lugar y el tema de los diálogos preliminares. Muy pocos sabían de la correspondencia y hubo suficiente tiempo para la reflexión entre cada correspondencia. Era como si Colombia hubiera retrocedido a la época de Bolívar, cuando el fundador de la patria coordinaba la lucha de liberación en el vasto país emitiendo órdenes a través de mensajeros a caballo.

Una reunión en Madrid

El plan inicial del presidente era entablar un diálogo sobre las negociaciones de paz con las FARC y el ELN al mismo tiempo. La dirigencia del ELN se mostró interesada en dialogar tras la juramentación de Santos y expresaron deseo de hacerlo a través de Noruega. Santos no conocía a los diplomáticos noruegos, pero Alejandro Eder, que ahora pertenecía al círculo cercano del presidente, le habló de la cooperación que él y Pearl habían tenido conmigo y con el NMFA. Santos consideró a varios países como posibles garantes u observadores en un nuevo proceso de paz, y Eder intercedió positivamente en nombre de Noruega, resaltando sus sólidas tradiciones democráticas y sus profesionales diplomáticos de paz.

Eder viajaba a Madrid en octubre del 2010 y Santos le dio luz verde para invitarme a reunirme con él allí. El 17 de octubre nos sentamos en un café, en una calle lateral cerca del Congreso de los Diputados, y Eder insinuó que estaban surgiendo iniciativas de paz bajo el nuevo presidente. “¿Noruega quisiera contribuir?”, preguntó. Le respondí que estábamos preparados para ello, pero yo seguía creyendo que un proceso con el ELN era más factible. Lo mismo me pareció cuando llegué a Bogotá un mes después y me reuní con el asesor de seguridad Jaramillo junto con Eder. Jaramillo confirmó que Santos quería que

Noruega fuera el único canal entre la presidencia y el ELN y subrayó que la comunicación debía hacerse en completa confidencialidad. Luego Jaramillo agregó: “¿Qué relación tiene Noruega con las FARC?”. Entendí que algo debía estar pasando entre el Gobierno y las FARC, pero Jaramillo no dejó ver sus cartas: no habló de la correspondencia entre el presidente y la cúpula guerrillera.

El asesor de seguridad tampoco dijo que en ese momento estaba investigando los antecedentes de Noruega para averiguar si los diplomáticos noruegos eran aptos para participar en un posible proceso de paz con las FARC. Santos tenía otros candidatos, como Suecia y Suiza, y no era evidente que Noruega fuera elegida a pesar de que teníamos un estrecho contacto con el ELN, pero los interlocutores de Jaramillo, entre ellos un diplomático estadounidense que conocía a Noruega por la ONU en Nueva York, señalaron que éramos conocidos por mantener un perfil bajo en nuestra diplomacia de paz. Varios años de experiencia en la resolución de conflictos y la capacidad de guardar secretos fueron factores decisivos para que Santos fijara sus ojos en Noruega. Además, se consideraba una ventaja que Noruega no tuviera una larga historia ni una fuerte presencia en Colombia, por lo que la participación en un proceso de paz no entraba en conflicto con otros intereses noruegos.

Pero Suecia no estaba del todo fuera de la escena cuando Santos y sus allegados se preparaban para la primera reunión cara a cara con las FARC. “Suecia o Noruega, y, en último caso, Cuba”, decía un mensaje enviado a Catatumbo el 23 de febrero del 2011^[78]. La cuestión giraba entonces en torno a dónde se reunirían las partes para las conversaciones secretas. Noruega se fue incorporando poco a poco como actor en el proceso de paz con las FARC a lo largo de los meses siguientes, pero tomó su tiempo.

Mientras tanto comencé a buscar un lugar de encuentro adecuado en Noruega para posibles negociaciones entre el Gobierno colombiano y el ELN. Conseguir el lugar correcto es una tarea que todos los facilitadores de unos diálogos de paz deben tomarse en serio. Hay que encontrar un lugar donde las partes puedan tener el mismo estándar de hospedaje para que se sientan tratadas por igual y debe ser posible mantener las delegaciones separadas. El lugar debe ser adecuado para mantener en secreto las conversaciones si estas no son de conocimiento público. La comida, los anfitriones, la ubicación, la seguridad; todo debe ser considerado con precisión.

Santos dejó inicialmente de lado sus ambiciones de negociar con el ELN, que era una organización más descentralizada que la estructura jerárquica de las FARC. Era más fácil comunicarse con las FARC, porque eran más disciplinadas que el ELN. Santos estuvo tentado de negociar con ambas guerrillas, pero

se dio cuenta de que el ELN podría convertirse en un freno, y no quería correr el riesgo de perjudicar los avances en el diálogo con las FARC.

Finalmente, después de más de cinco meses de correspondencia, llegó el momento de realizar una primera reunión entre la guerrilla y los enviados del presidente. Santos aceptó la exigencia de las FARC de que se llevara a cabo en su propio territorio, en la selva colombiana. De esta manera todo estaba servido para una operación arriesgada con un objetivo pacífico. Al enviar a sus representantes de confianza al territorio de las FARC, Santos quería demostrar que se tomaba en serio el diálogo político con la cúpula guerrillera. La premisa era que el diálogo fuera secreto. Si se filtraba, las puertas a las negociaciones se cerrarían de golpe.

LOGÍSTICA ENGORROSA

Los hechos narrados en este capítulo se relatan a través de conversaciones con Alejandro Eder (1.º de abril y 9 de mayo del 2022), Jaime Avendaño (Bogotá, 5 de agosto del 2022), Rodrigo Granda (Bogotá, 24 de febrero del 2022), Timochenko (Bogotá, 25 de febrero y 5 de agosto del 2022) y Elisabeth Slåttum (1.º de septiembre del 2022). También se ha contado con información de Vebjørn Dysvik y Gerson Iván Arias.

ALEJANDRO EDER FUE LLAMADO A LA OFICINA del presidente Santos un día cercano a la Navidad del 2010. “Quiero que vayan a la selva y se reúnan con las FARC”, dijo el presidente. “¿Qué tan grande es el riesgo de que muera o que me amarren a un árbol por los próximos años?”, preguntó Eder. “¡Ninguno! No te preocupes”, respondió Santos con un gesto tajante de la mano. Eder sabía que el presidente estaba hablando en contra de su buen juicio, pero de todos modos dijo que sí. “Si muero, es así como debe ser”, pensó.

Eder necesitaba un compañero y a Jaime Avendaño lo llamaron para una especie de entrevista de trabajo en la oficina de Santos el 23 de diciembre. Era oftalmólogo de formación, pero hacía muchos años que no operaba retinas. Después de liderar el programa de vacunación del Gobierno, Avendaño se había convertido en el jefe de una agencia subordinada a la Oficina de la Presidencia y responsable de brindar ayuda humanitaria a las víctimas del conflicto armado de Colombia. En el transcurso de veinte años había sido llamado a los rincones más inaccesibles del país donde se desarrollaba el conflicto, y donde la violencia, el crimen y el terror formaban parte de la vida cotidiana. Avendaño había visto innumerables cadáveres de las masacres y había lidiado con un sinnúmero de desplazados desesperados. Había negociado con comandantes y narcotraficantes para asegurar el paso libre de alimentos, cobijas y atención médica, pero también había sido testigo de cómo las Fuerzas Armadas del Estado, que él representaba, amenazaban a poblaciones y colaboraban con los paramilitares.

Avendaño era intrépido y dominaba el lenguaje rudo y rico en códigos de la vida en la selva. Él y el adinerado idealista Eder se complementaban, y a

principios del 2011 comenzaron a entrenar para negociar con las FARC. Tenían que identificar objetivos claros y ponerse de acuerdo sobre cuáles serían las líneas rojas que no podían cruzar. Practicaron qué podían decir y qué no, y los diferentes roles que deberían asumir. Todo fue ensayado con la ayuda de unos pocos que sabían de la misión: Sergio Jaramillo, el asesor de seguridad nacional; Lucía Jaramillo, cercana colaboradora del presidente, y el hermano de este, Enrique Santos.

A finales de febrero, Eder y Avendaño estaban listos para reunirse con las FARC. El plan era ir a la ciudad fronteriza de Cúcuta y desde allí por carretera a Venezuela, donde el presidente Chávez proporcionaría tripulaciones, aviones y helicópteros para transportarlos hacia el norte del país a un punto de encuentro en territorio colombiano. Pero el clima no estaba del lado de la paz. Dos intentos de viajar a la selva fueron abortados debido a la lluvia y la nubosidad baja. Eder concentró toda su fuerza mental para entrar a la selva y la afectación fue significativa cuando tuvieron que retirarse y luego concentrar las energías y preparar la logística de nuevo. Cuando un tercer intento estuvo a punto de ser cancelado, Eder y Avendaño insistieron en volar hacia el norte a pesar del riesgo y la incertidumbre.

Un helicóptero los esperaba en la siguiente ciudad para transportarlos en la última etapa para llegar a las FARC. Eder observó durante la escala que una pareja de venezolanos sacó varias bolsas y un estuche de guitarra. Un transeúnte dejó el estuche de la guitarra en el suelo, lo abrió y sacó ametralladoras que distribuyó a todos los pasajeros menos a los dos enviados colombianos. Eder y Avendaño no sabían dónde estaban ni a dónde iban, y no tenían idea de quiénes eran los hombres vestidos de jeans con ametralladoras entre los brazos. Eder se dio cuenta de que no solo la guerrilla de las FARC podría ser una amenaza en esta operación encubierta. Él y Avendaño estaban ahora a merced de los funcionarios de seguridad de Venezuela en una zona donde la frontera entre el tráfico ilegal de drogas y el poder legal del Estado es más que porosa.

El helicóptero aterrizó en la tarde del 2 de marzo en una cancha de fútbol en el fronterizo Río de Oro, donde los esperaba un comandante de las FARC. Se había hecho demasiado tarde para negociar, así que los dos enviados fueron invitados a pasar la noche. “De ninguna manera”, respondieron Eder y Avendaño, e insistieron en regresar al día siguiente, así que tuvieron que salir de la selva y regresar de nuevo a la base aérea, y de allí fueron a la provincia de Barinas, donde su anfitrión venezolano, Ramón Rodríguez Chacín, tenía una finca. Chacín había sido jefe de inteligencia, ministro del Interior y, como oficial del Ejército venezolano, había sido responsable de lidiar con la guerrilla colombiana en las zonas fronterizas. Él era los ojos y oídos de Chávez durante la misión secreta

de paz. Alojó a los dos enviados de Colombia en la finca, en una habitación infantil con juguetes en los rincones.

Temprano al día siguiente, volaron por segunda vez a El Vigía, donde Eder ojeó un letrero con el nombre del pueblo en la aproximación. La lluvia caía a cántaros y las nubes estaban tan bajas que el helicóptero no podía despegar. El clima mejoró después de cinco horas de nerviosa espera y se abrió paso a través de la capa de nubes antes de salir a un cielo azul. Media hora después aterrizaron por segunda vez en menos de veinticuatro horas en la cancha de fútbol de Río de Oro, donde el comandante fariano Toledo los recibió.

Allí se sentaron de nuevo y esperaron rodeados por guerrilleros armados y silenciosos. La alarma se había encendido en los líderes de las FARC, quienes consideraban que el presidente Santos había roto su promesa al enviar a dos burócratas desconocidos en lugar de los líderes importantes que estaban esperando, a saber, Sergio Jaramillo y el exvicepresidente de Colombia Gustavo Bell. Un mensaje por radio le llegó desde Río de Oro a Timochenko, del Secretariado de las FARC, quien se encontraba más al norte. “¿Qué hacemos ahora?”, preguntaban, a lo cual Timochenko respondió: “Acéptalos y consigan una primera impresión”, consciente de que el tiempo era tan corto que no alcanzaba a consultar la decisión previamente con su jefe, Alfonso Cano.

Al recibir la luz verde de Timochenko les dijeron a Eder y Avendaño que cambiaran sus zapatos de ciudad por las botas de caucho de las FARC. Cuatro guerrilleras risueñas sacaron pares de botas nuevas y brillantes de varias tallas de una tienda bien surtida junto al campo de fútbol. Los enviados del presidente probaron las botas hasta encontrar los pares que se ajustaban. Ahora el camino continuaba en una lancha por el río, les anunció el comandante Toledo, y agregó que en las FARC se tomaban muy en serio la seguridad, por lo que tuvieron que ponerse chalecos salvavidas.

Eder y Avendaño fueron conducidos a la orilla del río, mientras rechazaron la oferta de ser acompañados por Chacín, el enviado de Chávez. “No, este es un conflicto entre colombianos, y se resolverá entre colombianos”, respondió Eder, trepándose a la estrecha lancha con un motor fuera de borda. Al fondo se sentaron dos guerrilleros, luego Avendaño, luego dos guerrilleros, luego Eder y los dos últimos guerrilleros en la proa.

Eder tenía los nervios de punta y observaba atentamente la orilla del río en busca de señales que revelaran su ubicación. Vio otra lancha delante y otra detrás, llenas de guerrilleros. Los dos enviados de Bogotá eran los únicos con chalecos salvavidas. Cada cien metros río arriba había una persona vestida de civil a ambos lados de la orilla del río. Era como si estuvieran haciendo cola para conmemorar el momento histórico. Eder nunca dudó de que eran de la guerrilla.

Al cabo de cuarenta minutos llegaron a un campamento fariano del lado colombiano del río. Allí finalmente se encontraron con Rodrigo Granda y Andrés París, los representantes de las FARC en los sondeos secretos⁷⁹. Granda era el vocero internacional, un hombre locuaz, con unos intensos ojos cafés detrás de sus lentes. París había representado a las FARC en negociaciones anteriores y había participado en el paseo en trineo en Nordmarka en Oslo en febrero del 2000. Ambos permanecieron la mayor parte de su tiempo en Venezuela y nunca habían luchado con armas en sus manos, pero eran revolucionarios devotos; París había elegido su apellido en honor a la ciudad donde tuvo lugar la madre de todas las revoluciones, en 1789.

Granda se hizo conocido internacionalmente después de ser secuestrado por agentes colombianos en la capital venezolana, Caracas, a plena luz del día en diciembre del 2004. Con una pistola en la sien lo obligaron a subirse a un vehículo, le quitaron el celular, el dinero y el anillo de matrimonio, le pusieron una capucha en la cabeza y lo condujeron hacia la frontera con Colombia. Allí lo ataron, lo metieron en el baúl y lo pasaron de contrabando a su tierra natal. El secuestro provocó una disputa entre los poderes en Bogotá y Caracas, pero el Gobierno de Uribe se alegró de haber infligido una gran derrota a las FARC. Granda terminó en la cárcel con pocas expectativas de ser liberado.

Sin embargo, recibió una ayuda inesperada del presidente francés Nicolas Sarkozy, quien creía que el camino a la libertad de la franco-colombiana Ingrid Betancourt pasaba por la liberación de Granda. El presidente Uribe aceptó el plan de Sarkozy sin garantías de las FARC, pero ese plan para liberar a Betancourt fracasó⁸⁰. Granda fue liberado de todos modos y reanudó sus actividades políticas en el secretariado de las FARC. En el proceso de paz se hizo conocido por sus largas y dogmáticas declaraciones en voz alta y clara. Granda se convirtió en el único representante fariano que se sentó a la mesa desde la primera hasta la última reunión a lo largo de casi seis años de conversaciones exploratorias y negociaciones de paz.

La reunión en Río de Oro

“Han recorrido un largo camino. ¿Qué tal *un aguardientico* para refrescar? Tenemos el mejor de todos”, dijo Granda mientras sacaba un balde con hielo que contenía varias botellas del clásico licor colombiano a base de azúcar y anís. Se imaginaba que los enviados del Gobierno se sentirían inseguros y quería ayudar a mejorar el ánimo. El campamento guerrillero estaba a cincuenta metros de la orilla del río y habían instalado una mesa de reunión bajo un toldo de

carpa. Tropas fuertemente armadas vigilaban el terreno y todos vestían uniformes nuevos y limpios.

Eder y Avendaño estaban preparados para que les ofrecieran alcohol y para rechazarlo cuando sucediera. Granda continuó ofreciendo aguardiente y cerveza durante la reunión, que comenzó a la 1:30 de la tarde. A pesar de rechazar el trago, aceptaron almorzar y bebieron agua y café, y Avendaño tuvo una degustación extra de la vida selvática cuando se encontró con una serpiente de tres metros de largo al ir de camino a la letrina. Una guerrillera se encargó resueltamente de la serpiente, lo que permitió a Avendaño evacuar sin ser molestado.

La agenda de la reunión era simple: ¿en dónde se llevarían a cabo las negociaciones sobre las condiciones marco para un proceso de paz? ¿Cómo llegarían allí los enviados de las FARC? Las FARC propusieron primero negociar en suelo colombiano, pero el Gobierno dijo que no. La guerrilla pensaba que entonces podrían reunirse en una zona fronteriza con Venezuela o con Ecuador. “¿O en algún lugar de Venezuela?”, propuso Granda. Eder y Avendaño respondieron que no, y lanzaron la idea de buscar un lugar fuera de la región. “¿Y Noruega?”, propusieron. “Es demasiado complicado”, contestó Granda.

Jugaron al *ping-pong* por varias horas sobre los lugares de encuentro. La tarde empezó a oscurecer. Se suponía que los enviados del Gobierno debían estar fuera de la zona de las FARC para las 6:00 de la tarde y urgía llegar a un acuerdo. Finalmente, Granda dijo: “Vamos a encontrarnos en la isla del barbudo”. Así, las FARC pusieron sobre la mesa la verdadera primera opción del Gobierno de Santos: Cuba. El presidente ya había aclarado con el barbudo, el presidente Fidel Castro, que las partes eran bienvenidas allí⁸¹. El desvío por los otros países no era más que un juego acordado para evitar que los representantes farianos se sintieran atropellados por el Gobierno. Cuando Granda propuso a Cuba, Avendaño se alegró tanto que le dieron ganas de abrazar al comandante guerrillero. Se templó, mientras Eder fingía mostrarse escéptico, hasta que él también dio luz verde a las negociaciones secretas en La Habana.

El acta manuscrita de la reunión fue redactada por Eder. Afirmaba que los delegados de las FARC podían ser transportados a Cuba con la ayuda del Comité Internacional de la Cruz Roja, acompañados por “funcionarios de Cuba, de Noruega y de Colombia”⁸². Cuando se firmó el protocolo en el campamento guerrillero en Río de Oro, el 3 de marzo del 2011, yo me encontraba en Bogotá. Sabía que el Gobierno estaba dialogando con las FARC, pero no que Eder estaba en la selva en ese preciso momento haciendo planes para el papel de Noruega en un proceso de paz que todavía estaba en una etapa incipiente. A partir de sus conversaciones conmigo, Eder sabía que Noruega sí aceptaría el reto.

Cuando terminó la reunión en la selva y se firmó el acta, Eder y Avendaño fueron conducidos por el río de regreso al helicóptero, que los esperaba. Durante los dos meses siguientes hubo una gran discusión entre los líderes de las FARC por medio de la radio encriptada de la guerrilla: ¿Podían confiar en Noruega, que era un país miembro de la OTAN?

A la isla del presidente

Empecé a impacientarme a finales de abril. El resultado de las deliberaciones internas de las FARC tardó en llegar. Algunos de los jefes guerrilleros se oponían a incluir a Noruega como país garante debido a su estrecha alianza con Estados Unidos. La guerra de la OTAN en Libia durante esa primavera, en la que Noruega participó con seis aviones de combate, alimentó el escepticismo. La operación fue autorizada por el Consejo de Seguridad de la ONU para proteger a la población civil de los abusos cometidos por las fuerzas de seguridad del régimen libio, pero no pasó mucho tiempo antes de que los países de occidente fueran acusados de bombardear a Libia con la intención de deshacerse del dictador Muamar el Gadafi.

No había manera de que los comandantes farianos supieran que Noruega, mientras bombardeaba a Libia, también estaba buscando una solución pacífica al conflicto entre Gadafi y los rebeldes que protestaban contra su Gobierno autoritario. Los diplomáticos noruegos facilitaron el contacto y la reunión entre representantes del régimen y de la oposición libia, en la que acordaron que Gadafi tenía que dimitir, pero era imposible encontrar una solución para que entregara el poder⁸³.

Aun así, la cúpula guerrillera en las selvas de Colombia se enteró de que Noruega había participado en la resolución de conflictos en otras partes del mundo. Buscaron información en internet sobre la política exterior noruega y consultaron con Cuba y Venezuela. En retrospectiva, lamento no haberme asegurado de reunirme con representantes de las FARC sin la presencia del Gobierno colombiano en la primavera del 2011. Reuniéndome con la guerrilla por nuestra cuenta, Noruega podría haberse ganado la confianza de las FARC en una etapa más temprana, y la larga fase de sondeos secretos podría haber sido más corta. Hubiera sido posible que Noruega se reuniera a solas con las FARC utilizando la misma receta que se aplicó para la reunión en Río de Oro, pero habría requerido una planificación meticulosa con la ayuda de autoridades tanto colombianas como venezolanas.

Finalmente, en mayo, hubo señales de que la guerrilla estaba dispuesta a reunirse con representantes noruegos. Las FARC advirtieron al mismo tiempo

que no era posible enviar a su gente con la ayuda del Comité de la Cruz Roja. Habían pasado menos de tres años desde que Ingrid Betancourt y sus compañeros de cautiverio fueron rescatados por un helicóptero militar pintado con los colores blanco y rojo de la Cruz Roja. Las FARC no querían arriesgarse a ser engañados por segunda vez.

Hubo mucha confusión y malentendidos, viajes y reuniones a principios del verano del 2011. ¿Qué habían acordado realmente las partes en la reunión de Río de Oro? ¿Dónde y cuándo tendría lugar la próxima reunión? ¿Cómo debería Noruega cooperar con Cuba? ¿Qué podríamos decirles a los estadounidenses? El pequeño grupo del NMFA, enterado de lo que estaba sucediendo, trabajó intensamente preparando el comienzo de unas posibles negociaciones de paz entre las FARC y el Gobierno colombiano. El NMFA reforzó el equipo con Elisabeth Slåtsum, que se convirtió en mi compinche en la diplomacia secreta durante los siguientes doce meses. Ella había trabajado en la embajada noruega en Venezuela y llevaba un año y medio viajando entre Oslo y Haití, en un intento de estimular el diálogo político en el Estado caribeño, devastado por la violencia. Conocía Colombia al haber trabajado seis meses para una organización en Bogotá que promovía los derechos de los pueblos indígenas. Elisabeth ya tenía bien interiorizado el idioma y la cultura, y asumió con gran entusiasmo una jornada laboral totalmente impredecible.

Paradójicamente, en mayo del 2011, cuando todo parecía indicar que Noruega desempeñaría un papel central en el proceso de paz, fue cerrada la embajada noruega en Bogotá. Los esfuerzos del NMFA en la región debían reorganizarse nuevamente en una única misión diplomática, y la consideración de los intereses petroleros noruegos en Venezuela pesaban más que la necesidad de contar con una red de apoyo para las negociaciones de paz que estaban en curso.

Finalmente, en la tarde del viernes 15 de julio del 2011, Elisabeth y yo abordamos un pequeño avión de hélice en Caracas con los enviados del Gobierno Eder y Avendaño, y los diplomáticos cubanos Carlos Fernández de Cossío y Abel García. Nos dirigimos a La Orchila, una isla paradisíaca, con hermosas playas de arena blanca, frente al azul mar Caribe. El Ejército venezolano tenía una base militar allí, a la cual solo tenían acceso el presidente y su círculo más cercano. Las partes tenían que reunirse para acordar los detalles prácticos antes de poder iniciar las negociaciones en Cuba. Chávez fue *el* “partero” de las reuniones exploratorias, y en La Orchila era fácil mantener las conversaciones bajo control.

Noruega y Cuba

Las violaciones de los derechos humanos en Cuba habían sido un tema recurrente en las interpelaciones en Stortinget, el Parlamento noruego. El ministro de Relaciones Exteriores Jonas Gahr Støre tuvo que responder en junio del 2011 si él exigiría con más dureza al régimen de La Habana que respetara los derechos humanos. En ese momento, cuatro cubanos acababan de ser condenados a varios años de prisión por repartir unos folletos, y una pareja de hermanos habían sido condenados por tocar música rap criticando el régimen⁸⁴.

Støre respondió la pregunta del partido conservador Høyre diciendo que “según nuestra experiencia, las autoridades cubanas son receptivas a escuchar y debatir nuestros puntos de vista sobre cuestiones de derechos humanos, y Noruega y Cuba mantienen un diálogo cada vez más estrecho y directo sobre esta importante cuestión”.

Los esfuerzos de la diplomacia de paz implican a menudo que Noruega adopte un perfil más moderado en cuestiones en las que normalmente alzamos la voz. Los procesos en los que participamos tienen el potencial de mejorar la vida de muchas personas, lo cual hace que valga la pena intentar establecer un diálogo, unas negociaciones y, en el mejor de los casos, un acuerdo, sin alejar a una de las partes o a un aliado a través de declaraciones estrepitosas en la ONU o en los medios de comunicación. Puede ser políticamente exigente ser cautelosos en criticar abiertamente a otros países, sobre todo en relación a la opinión pública interna. Esto es particularmente difícil cuando no se sabe que Noruega está participando en un proceso de paz, pero la colaboración respetuosa y el diálogo fuera del alcance de los micrófonos son en muchos casos más efectivos que hablar en voz alta.

Noruega inició una cooperación práctica y duradera con los representantes cubanos en esos días de julio del 2011. Juntos acompañamos el proceso de paz de principio a fin durante más de cinco años y fuimos garantes de su éxito. Teníamos diferentes funciones y tareas. La colaboración no estuvo exenta de fricciones, pero sí fue constructiva. Abel García acompañó a Noruega durante todo el camino. Era una enciclopedia, que recordaba todo lo que había leído, y era capaz de reproducir lo que se había dicho en reuniones de años atrás. Era simpático e inteligente, e irremediablemente leal a la Revolución cubana. Si uno de nosotros los noruegos intentábamos discutir política internacional con él, terminábamos siempre siendo sermonizados sobre el imperio del mal al norte de Cuba.

El colega de García durante el primer año fue Carlos Fernández de Cossío, un veterano diplomático cubano que hablaba fluidamente inglés. Él también era un revolucionario acérrimo, pero más moderado en las formas que García. Fue enviado a Sudáfrica como embajador en el 2013, pero antes de la asignación desempeñó un papel importante en la fase secreta de las negociaciones de paz colombianas.

¿Helicópteros noruegos?

Tras salir de Caracas aterrizamos en una pequeña pista en La Orchila, cuando el sol estaba a punto de hundirse en el mar. Desde allí había unos cientos de metros hasta una playa donde a cada una de las partes se les asignó una casa, y a los países garantes se les ofreció alojamiento más adentro, cruzando una carretera destapada. Yo compartí habitación con los cubanos, mientras que Elisabeth se quedó en la segunda habitación de la casa. Los representantes de las partes fueron los mismos que en la reunión de Río de Oro. Ahora continuaban las negociaciones sobre la logística con testigos presentes: dos cubanos; dos noruegos, y Ramón Rodríguez Chacín, el hombre de confianza de Chávez.

Por la noche, los anfitriones nos sirvieron la cena en cada una de las casas. Eder estaba muerto de hambre y se decepcionó fuertemente al ver que el plato era de pescado. No comía pescado y se quejó con su compañero Avendaño. Unos minutos después apareció Chacín saliendo de la oscuridad. “Lo siento, olvidé preguntar si alguno de ustedes tiene requisitos especiales para el menú. ¿A alguien no le gusta el pescado?”. “No, no, esto está genial”, insistieron los dos representantes de Santos. Eder, a raíz de la pregunta, supuso que el alojamiento estaba interceptado por los anfitriones venezolanos y estaban siendo escuchados.

Nos sentamos con los dos enviados de las FARC, Rodrigo Granda y Andrés París, poco después de aterrizar. Todavía se mostraban escépticos ante la inclusión de Noruega como país garante. Nos enfrentamos a muchas preguntas sobre la OTAN y la operación militar en Libia. Les expliqué que, al ser miembro de la OTAN y aliado cercano de Estados Unidos, Noruega estaba bien posicionada para participar en un proceso de paz en Colombia. “Hablamos con los estadounidenses y ellos confían en nosotros”, dije, señalando que Estados Unidos era un actor poderoso en el continente que podía torpedear un diálogo de paz, les gustara o no a las FARC. Por lo tanto, era importante tener a alguien dentro del proceso que pudiera tranquilizar a las voces críticas en Washington, que no faltaban: a sus ojos las FARC era una organización terrorista comunista, a la que había que derrotar por las armas.

Pero las FARC no estaban enlistadas como organización terrorista en Noruega, como sí lo estaban en Estados Unidos y en la Unión Europea. Por lo tanto, era más fácil para los diplomáticos noruegos, que para los colegas de los países de la Unión Europea o de Estados Unidos, reunirse con representantes de la guerrilla, les expliqué a Granda y París. El Departamento de Estado de Estados Unidos había creado en 1997 su lista de organizaciones terroristas extranjeras, en las cuales las FARC figuraron desde el primer día. La lista negra de la Unión Europea de personas y grupos implicados en el terrorismo se creó en diciembre del 2001 en respuesta a los ataques de Al Qaeda contra Estados Unidos ese

mismo año. Noruega se unió a la lista de la Unión Europea pocos años después⁸⁵, pero el respaldo podría crear problemas para nuestra diplomacia de paz, por ejemplo en Sri Lanka, donde el Frente de Liberación Tamil no quería tener nada que ver con los países que los llamaban terroristas. Tras un intenso debate interno en el NMFA, el Gobierno noruego, con Støre como canciller, resolvió poner fin a que Noruega siguiera la lista de terroristas según la Unión Europea. Con esa decisión fue más fácil para nosotros conectar con personas y grupos que figuraban en la lista, incluidas las FARC y el ELN, en Colombia.

A Granda y París les tranquilizó conocernos. Se dieron cuenta de que estábamos genuinamente interesados en apoyar a Colombia y a las FARC en el intento de poner fin al prolongado conflicto. Fue una gran ventaja tener a Elisabeth allí, porque, además de conocer bien la región, era muy hábil creando buenas relaciones interpersonales. Las conversaciones en La Orchila se desarrollaron principalmente al aire libre, en una zona entre las casas que se nos asignaron y en unos espartanos muebles de plástico que teníamos a nuestra disposición. Soldados fuertemente armados de la base naval de la isla mantuvieron la vigilancia a una distancia prudente de las conversaciones. El hermoso entorno invitaba a saltar en las olas del mar Caribe durante los descansos de las reuniones, pero no podíamos permitirnos distracciones: no se vería bien en medio de este frágil diálogo sobre el futuro de Colombia.

Un proceso de paz factible debe reflejar la sociedad en la cual se pretende construir la paz. Esto significa que tanto hombres como mujeres deben participar en la negociación y redacción de un acuerdo. Los hombres suelen estar al mando en la guerra, lo que significa que también dominan los procesos destinados a poner fin a los conflictos, pero una directriz en la diplomacia de paz noruega es conseguir que más mujeres participen en las negociaciones, tanto en la mesa de diálogo como en la implementación de los acuerdos. Las FARC y el Gobierno debían nombrar sus delegaciones para el proceso de paz después de las reuniones en La Orchila. Les recordé a ambas partes que tenían la responsabilidad de incluir a las mujeres. Se tomó nota del mensaje, pero fue difícil detectar entusiasmo alguno.

Las partes prontamente acordaron confirmar el acuerdo de Río de Oro de reunirse en Cuba para negociar los términos de un proceso formal de paz. Tampoco tuvieron problema en aceptar que Noruega y Cuba fueran incluidos como países garantes. La gran pregunta en las conversaciones en la isla del presidente era cómo llegarían los enviados de las FARC a Cuba. Timochenko, el segundo al mando de las FARC, iba a encabezar la delegación, y, cómo estaba cerca de la frontera con Venezuela, sería fácil transportarlo en carro, lancha y avión hasta Cuba. Lo mismo ocurriría con Granda y París. Pero el plan de la guerrilla era

que Mauricio Jaramillo, el Médico, fuera el jefe adjunto de la delegación, y él se encontraba en el Guaviare, a unos 500 kilómetros al sur de la frontera con Venezuela. ¿Cómo llegaría a Cuba?

“¿Noruega podría proporcionar un helicóptero?”, preguntó Rodrigo Granda. “No”, respondí sin consultarlo con Oslo. Era probable que se necesitara transporte en helicóptero más de una vez, y había otros actores mejor preparados que el Estado noruego para proporcionar tales servicios. Las partes discutieron además si el Médico podía ser transportado en lancha o barco desde el interior de Colombia, donde permanecía, y luego en un vehículo hasta Venezuela, pero existía un alto riesgo de ser descubierto y detenido en el camino, lo que podría arruinar el proceso.

Granda y París insistieron en que no se podía utilizar un helicóptero del Comité de la Cruz Roja. Y ahí quedó el asunto cuando la primera parte de la reunión en La Orchila fue rematada con un partido de fútbol el 16 de julio. Colombia se enfrentó a Perú en los cuartos de final de la Copa América y las partes pudieron, por un breve instante, dejar de lado la guerra y unirse frente al televisor animando a la misma selección nacional. Colombia perdió decepcionantemente 0-2. Las partes volaron de regreso después del partido para consultar con sus superiores antes de reunirse nuevamente en el mismo lugar, cuatro días después. Elisabeth y yo pasamos nuestro descanso en Caracas.

La capital de Venezuela es una metrópolis hermosa pero deteriorada, ubicada en un valle rodeado de colinas verdes y montañas altas. Se encuentra a unos 900 metros sobre el nivel del mar y el clima es agradable, con 25 grados centígrados la mayor parte del día durante todo el año. Nos alojamos en un hotel usado por el presidente Chávez y sus colegas para alojar a sus huéspedes y celebrar reuniones oficiales. No había mucho a que dedicarse, así que aproveché el tiempo para hacer ejercicio. Me había llevado el acta de la reunión secreta en La Orchila y no me atreví a dejarla en la caja fuerte del hotel. Existían saboteadores que gustosamente filtrarían un documento de este tipo para estrangular un proceso de paz en Colombia antes de que comenzara. Lo más seguro era meterme el protocolo en el bolsillo de la pantaloneta y correr con él hasta el monte Ávila. El valioso documento, de 15 puntos, escrito sobre dos páginas, quedó bañado en sudor. Incluso después de secarlo sobre la cama de mi hotel, seguía apenas legible.

Elisabeth tuvo mucho cuidado de no encontrarse con viejos amigos de su época como diplomática en Caracas, pero fue descubierta por un antiguo colega de Austria cuando pasamos por un centro comercial. Con el tiempo, se volvió experta en inventar coartadas sobre conferencias ficticias y viajes de trabajo a Haití. El riesgo de una filtración justificaba mentir sobre lo que estaba haciendo.

Las FARC aprovecharon la pausa de la negociación para discutir el tema de los helicópteros. Es cierto que el comandante en jefe, Alfonso Cano, no fue parte de la discusión porque estaba fuera del alcance, en el sureste colombiano. Timochenko terminó aceptando transportar al Médico en un helicóptero de la Cruz Roja: se dio cuenta de que era lo más seguro, pero los enviados del Gobierno seguían en contra del uso de helicópteros y aviones cuando regresamos a La Orchila el 20 de julio. Eder y Avendaño preferían carros y barcos, pensando que generaría un menor riesgo de detección. Las actas del último día de reuniones en el paraíso caribeño, el 21 de julio, señalan que acordaron explorar opciones de transporte. Con optimismo fijaron el 5 de agosto como fecha de inicio de lo que llamaron la siguiente fase exploratoria⁸⁶. En ella, las FARC y el Gobierno negociarían los temas que abarcaría el proceso de paz. Las partes estaban de acuerdo en que el marco de los diálogos se negociaría en secreto; el presidente Santos había dejado claro que se rompería todo contacto si se filtraba información sobre las reuniones de La Orchila y lo que venía en marcha.

El avión de hélice nos trajo de regreso a Caracas el jueves por la tarde, donde tomamos, con escala en París, el vuelo nocturno de regreso a una Noruega veraniega tranquila. Acababa de regresar a mi apartamento en Uranienborg, en Oslo, cuando escuché un estruendo desde el centro de la ciudad y luego vi una nube de polvo que se elevaba por detrás del Palacio Real. Los ataques terroristas contra el edificio de Gobierno y la juventud del partido laborista, AUF, en el campamento de verano en Utøya el 22 de julio del 2011, nos recordaron que la paz nunca puede darse por sentada en ningún país del mundo. La lucha contra las ideologías destructivas, los conflictos mortales, la glorificación de la violencia y los abusos nunca se ganan por completo ni para siempre.